2

POR

DERECHO DE CONQUISTA.



MANUEL CATALINA

Litog. de Iriarte y Cª. Stª. Clara nº. 23.

Fotografía de Latapi y Martel

POR

DERECHO DE CONQUISTA

COMEDIA EN TRES ACTOS,

Escrita en Francés por Mr. Legouvé

Y ARREGLADA A LA ESCENA ESPAÑOLA,

POR

MANUEL CATALINA.



MEXICO: 1856.

IMPRENTA DE JOSÉ A. GODOY,
CALLE DEL SEMINARIO NÚM. 6.

BIOGRAFIA

DE

Don Manuel Catalina.

Primer actor y director de la compañía dramática del Teatro Nacional.

Las artes, las ciencias y cuanto es capaz de adelantar, de recibir mejoras, han seguido el progreso de los siglos. La humanidad camina sin retroceder, y en todo cuanto existe se ve impresa la huella de los adelantos que los hombres hacen. El arte dramático

ha recibido tambien el empuje que era consiguiente, y la escena española ha contado despues de Maiquez, á Prieto, á Julian Romea, literato y actor notabilísimo, á Cárlos Latorre, á Valero. Necesítase ahora para brillar en la escena un estudio profundo del teatro, esmerada educacion, maneras distinguidas y estensos conocimientos en la historia, para saber los usos y costumbres de las épocas en que figuraron los personajes que el actor ha de representar. Aprender el papel de memoria ó ateniéndose á lo que salia de la concha, se consideraba por muchos la única ciencia para representar. En nada se procuraba imitar al caballero en sociedad, al rey, al elevado personaje, al hombre del campo; considerábase todo esto secundario y la exageracion y el desagradable amaneramiento, eran las precisas consecuencias de la falta de estudio, de la escasez de talento, de una educacion abandonada.

Cuando al talento se reune la instruccion y el amor al arte, entonces se caracterizan con maestría los personajes, entonces entusiasma el actor, y los aplausos y las ovaciones son su recompensa. D. Manuel Catalina, cuya biografía nos hemos propuesto escribir, posee las dotes que se requieren para sobresalir y admirar á los que le ven representar.

El dia 2 de Julio de 1825 vió la luz primera en Madrid el distinguido actor que va á ocuparnos, siendo sus padres el Sr. D. Gregorio Catalina, magistrado y doctor en jurisprudencia, y la Sra. Doña Antonia Rodriguez. Como era natural, el padre de D· Manuel procuró que éste siguiese su honrosa carrera, y lo hizo dedicar al estudio de las humanidades, cursando latinidad y filosofía en la Universidad central de Madrid. Concluido el estudio de la filosofia, de la literatura y de la historia, empezó el de las leyes, estudio árido y dificil, y recibió el grado de bachiller en jurisprudencia *nemine discrepante*, y despues el de licenciado, con la satisfaccion de obtener tanto en los tres años de filosofia, como en los cuatro primeros de leyes, la nota de *sobresaliente* en los exámenes generales.

A pesar de los lisonjeros auspicios con que se presentaba á Catalina el porvenir, ocupando en el foro un lugar distinguido, en medio de los graves estudios que exigia la carrerra, siguiendo los impulsos de su inspiracion, se dejaba arrastrar de su gusto por las obras dramáticas, y le acontecia muchas veces que apenas acababa su leccion de derecho, se ponia á estudiar un trozo de la *Vida es sueño*, del *García del Castañar*, ó del *Rico hombre*, porque Calderon, Lope de Ve-

ga, Tirso de Molina y Moreto, hacian constante compañía en su librería á Heinecio, Cavalario, Vinnio y Smit. Era que el teatro llamaba á Catalina á mas grandes triunfos que el foro. Allí la representacion del hombre en toda su verdad, los ejemplos de moralidad, el castigo del crímen, el vicio despreciado, la virtud recompensada, habian de atraerle los aplausos, la admiracion de todos. Indudable es que el foro tiene una mision sublime que desempeñar; la defensa del desvalido, del inocente, cuya justicia se ve desatendida por las intrigas del poderoso, la defensa del criminal; pero los triunfos en la escena son mayores, mas grandiosos.

La familia del jóven Catalina no veia con disgusto esa inclinacion que se desarrollaba mas y mas, porque en nada perjudicaba ostensiblemente á sus estudios, porque teniendo un talento privilegiado, necesitaba solo pasar ligeramente la vista por los libros para enriquecer su memoria y no faltar en nada al presentarse á sus profesores, á quienes admiraba la facilidad que para aprender tenia. Su gusto por el teatro no pudo ser contenido: allí estaba su gloria; como artista y no como abogado, debia ver delante de sí un inmenso público, prodigándole justos y merecidos aplausos.

No pudiendo resistir mas, se decidió á

hacer comedias en sociedades particulares, encontrando en ellas una particular acogida sus trabajos dramáticos; pero no contento con los aplausos de los círculos de amigos que se reunian para prodigárselos, porque reconocian su mérito, se inscribió como alumno en el Conservatorio de música y declamacion de María Cristina, en el cual recibió lecciones de Cárlos Latorre, Ventura de la Vega, Luna y Lombia, que en aquella época regenteaban sus clases. Estimulado con sus consejos y con las esperanzas que en vista de sus adelantos le daban, dedicóse con afan al estudio del dificil arte en que tanto habia de sobresalir, y procuró adornar su inteligencia con los conocimientos accesorios que habian de colocarle en el camino de la perfeccion. Estudió música, francés, inglés, italiano, historia general, literatura dramática, esgrima, etc., como auxiliares indispensables para la profesion que iba á abrazar. Con esos trabajos y el constante y provechoso estudio de los modelos que entonces tenia á la vista, con especialidad el célebre actor D. Julian Romea, verdadero regenerador de la declamacion en España, desde Maiquez, no vaciló el Sr. Catalina en aceptar la proposicion que su maestro Lombia le hizo de representar en un teatro público, y en 1846, poco despues de haber

concluido su carrera de abogado, se presentó al público madrileño en la comedia: *Quiero ser cómico.* D. Manuel Catalina era artista, pero artista notable, á quien esperaban laureles inmarcesibles.

Toda la familia del actor de quien tratamos, recibió un profundo disgusto con su determinacion; pero el halagüeño éxito de sus trabajos le reconcilió bien pronto con aquella. Ese año siguió representando con general aceptacion en el teatro del Instituto español con Lombia, donde ejecutó varias obras dramáticas, entre otras *Los dos Doctores,* escrita por D. Mariano Cazurro y dedicada al Sr. Catalina, en la que llamó la atencion por la naturalidad con que caracterizó el papel que tuvo á su cargo.

El año siguiente de 1847, pasó al teatro de la Cruz, como primer galan jóven, y tomó parte en todo el repertorio, distinguiéndose y llamando la atencion particularmente en el *Mercado de Lóndres, D. Alonzo de Ercilla, Los dos amigos y el dote,* y el *Bufon del rey,* escrito espresamente para su beneficio, *La voluntad del difunto* y otras. La fama daba á conocer en las provincias el nombre de D. Manuel Catalina, y Barcelona, donde se procura tener siempre los mejores artistas, logró que trabajase en 1848 contratado por D. José Valero, en los teatros de

Santa Cruz y Capuchinas. La fama no habia exagerado, y el público de la capital de Cataluña tuvo ocasion de aplaudirle con entusiasmo en el *Amante universal, La reina y el favorito, Un cambio de mano, Cecilia la Ciequecita, El que menos corre vuela, Una cabeza de ministro* y otras muchas en que se distinguió notablemente.

El Liceo artístico y literario, quiso aprovechar los talentos de actor tan recomendable, y le nombró sócio profesor, segun aparece de la honrosa comunicacion que le pasó el secretario general, y dice así:—"Atendiendo á las circunstancias que en vd. concurren y á sus reconocidos talentos en el arte dramático, la junta facultativa de la seccion de declamacion, á propuesta de la gubernativa de esta sociedad, ha declarado á vd. sócio profesor de aquella. La misma junta gubernativa cree se servirá vd. aceptar esta muestra de su aprecio y consideracion, y contribuirá así al brillo y prosperidad del Liceo, que espera contar á vd. en el número de los sócios que han de darle eficaz apoyo.

Dios guarde á vd. muchos años. Madrid, 5 de Noviembre de 1848.—El secretario general—Ramon de Navarrete.—Sr. D. Manuel Catalina.

Con este nombramiento, que solo se con-

cede á los artistas notables, dió el Liceo artístico y literario de Madrid, una prueba de que reconocia las altas dotes y el talento que para el teatro tenia el distinguido actor á quien nos estamos contrayendo.

El año de 1849 fué contratado para el teatro de la Cruz de Madrid, en el cual permaneció recogiendo nuevos laureles hasta el de 1850. En el inmediato, y cuando se verificó la apertura del teatro español, no habiendo querido ingresar en él por razones particulares, se le contrató como primer actor y director de la compañía del de Variedades, cabiéndole la satisfaccion al Sr. Catalina de llamar de tal manera la atencion de Madrid en aquel pequeño teatro, que el mismo público que veia reunidos á la sazon en el teatro de la calle del Príncipe á los primeros artistas de España, concurria por espacio de ochenta y cinco noches seguidas, á ver á la compañía dirigida por el Sr. Catalina, representar el *Duende*, en que hacia el primer papel. En ese año ejecutó con brillante éxito *Con razon y sin razon*, escrita y dedicada á nuestro querido actor, *Juegos prohibidos*, *Trampas inocentes*, *Amor y miedo*, *La cabeza á pájaros* y otras en que manifestaba los grandes adelantos que hacia, prueba evidente de que estaba llamado á ocupar un prominente lugar entre los artistas mas notables

de la época. Todas las piezas que representó en el teatro, fueron comedias con arreglo á lo que disponia el reglamento de teatros que entonces regia. Durante el verano pasó á Salamanca á dar algunas funciones, habiendo conseguido grandes triunfos en *Traidor, inconfeso y mártir, Juan sin tierra, El molino de Guadalajara, etc.*

D. Manuel Catalina conoció que podia llegar á mayor altura de la que ya ocupaba: se sentia inspirado, lleno de entusiasmo por el arte dramático; queria para perfeccionarse ver otros modelos, y para eso se trasladó á las ciudades que marchan á la vanguardia de la civilizacion. Por los años de 1851 estuvo en Paris y Lóndres, frecuentando todos los teatros, observando, aprendiendo para perfeccionarse. Se relacionó con los primeros artistas, á quienes oyó en el seno de la amistad y cuyos consejos no echó en olvido; pero el Sr. Catalina no procuró imitar: guiado por su propio impulso, bajo la inspiracion de su talento, procuró caracterizar en el teatro al personaje que representaba.

Ese mismo año recibió del Liceo de la Coruña el nombramiento de sócio de mérito, cuya honrosa comunicacion está concebida en los términos siguientes:

"Liceo artístico y literario de la Coruña. —Esta junta directiva y á propuesta de la

seccion de declamacion, en sesion de ayer, ha nombrado á vd. sócio de mérito de la misma.—Lo que tenemos el gusto de participar á vd., esperando admita esta prueba de aprecio que tributamos á su mérito. Dios guarde á vd. muchos años. Coruña, 10 de Mayo de 1851.—El presidente, Juan Ponte y Teureiro.—El secretario, M. Viunuti.—Sr. D. Manuel Catalina Rodriguez.

A su vuelta á Madrid fué invitado para pasar á Valladolid con objeto de dar unas cuantas funciones. Hizo en el teatro de aquella ciudad, entre otras piezas dramáticas, *El anillo del rey*, *Ricardo Darlington*, *La escuela de las Coquetas*, *La Huérfana de Bruselas*, *Un novio á pedir de boca*, con la satisfaccion de haber sido muy aplaudido por el mismo público que habia visto á Romea y á Valero pocos dias antes. El Liceo de literatura y artes de Valladolid le nombró sócio honorario, dirigiéndole la comunicacion que vamos á copiar, en la que se demuestra el alto aprecio que se hacia del actor que nos ocupa.

"Liceo de literatura y artes.—La junta directiva que tengo el honor de presidir, en sesion de ayer y en uso de las facultades que le concede su reglamento, ha nombrado á vd. sócio honorario. Al hacer tan acertado y bien merecido nombramiento, se ha pro-

puesto premiar de la única manera que le es posible, las inapreciables dotes y cualidades artísticas que tanto le distinguen, ya que ha tenido la fortuna y ocasion de conocerlas y admirarlas en el gran palco escénico de esta capital. Cuando el sensato é ilustrado público vallisoletano ha sido tan justo al saber apreciar y aplaudir con entusiasmo sus notorios talentos cómicos especiales, la junta faltaria á su deber si no procurase su asociacion de vd. al establecimiento artístico y literario que dirige. Ojalá que en su mano estuviera dar mas latitud á este insignificante pero honroso premio de su nada comun mérito dramático. Sírvase vd., sin embargo, aceptarlo en prueba nada equívoca de las gratas simpatías que vd. ha inspirado á la junta y á cada uno de sus individuos; pues entonces esta sociedad se envanecería de contar á vd. en el número de sus asociados, con lo cual se aumentará mas y mas la satisfaccion que me cabe al comunicarle la eleccion de tal sócio honorario, á que vd. es tan acreedor. Con este motivo tengo el placer de ofrecer á vd. los mas sinceros respetos de mi mayor consideracion.

Dios guarde á vd. muchos años. Valladolid, 20 de Abril de 1852.—El presidente, —Antonio Grijalba.—Sr. D. Manuel Catalina."

Resuelta ya su partida para América, pasó antes á la Coruña y Valencia, en donde dió algunas funciones siempre con el mismo brillante éxito que en todas partes, siempre recibiendo ovaciones merecidas. En 1852 se dirigió á Sevilla, en cuya ciudad se detuvo el Sr. Catalina por asuntos estraños á su carrera, hasta 1853, en que se embarcó para la Isla de Cuba. En la Habana, así como en las demas ciudades de la hermosa isla, fué acogido con verdadero entusiasmo. Distinguióse y causó admiracion en la *Trenza de sus cabellos*, *El campanero de San Pablo*, *Una ausencia*, *El ramillete y la carta*, y en otras varias que no mencionamos por no alargar este artículo.

El 10 de Mayo de 1855 llegó D. Manuel Catalina á esta capital con la compañía en que figuraba en primer término la eminente actriz Doña Matilde Diez, la perla del teatro español. Catalina se presentó por primera vez en nuestro gran teatro, la noche del 15 de ese mismo mes, en la *Trenza de sus cabellos*. Hé aquí lo que dijo en el "Heraldo" el que suscribe este artículo con referencia á esa funcion:

"Ninguna recomendacion habia precedido el nombre del distinguido jóven D. Manuel Catalina. Ninguna demostracion hizo la concurrencia al salir el actor á la escena;

por eso quedó mas sorprendida, y nosotros debemos decir con franqueza que no esperábamos tanto. El Sr. Catalina se colocó antenoche á una grande altura. Su noble porte, su hermosa voz, la naturalidad de su accion, lo bien que espresa el amor aunque teniendo que contenerse algunas veces, lo admirablemente que manifestó los zelos, la ira, el orgullo de amante ofendido al creer infiel el objeto de su pasion, todo en él fué admirable. En el momento en que el gesto y la accion tienen que espresar todas las pasiones, todos los sentimientos, estuvo inimitable. Nosotros auguramos muchos y repetidos triunfos al Sr. Catalina, jóven fino, elegante, lleno de entusiasmo y cumplido caballero."

Esos triunfos los ha logrado. En la primera temporada que trabajó en nuestro teatro, fué aplaudido con entusiasmo, recibiendo diferentes ovaciones, particularmente en *Sullivan*, que jamas habia representado, y en la que llenó de admiracion á toda la concurrencia, en *El arte de hacer fortuna*, *Borrascas del corazon*, *El rigor de las desdichas*, *El hombre de mundo*, *Un marido como hay muchos*, *La escuela de las coquetas* y otras.

La llegada de la compañía de ópera determinó á la dramática á suspender sus funciones y á dejar á México quizá para siem-

pre. Antes de ponerse en marcha el Sr. Catalina, dió su beneficio el 1º de Noviembre. Por primera vez representó el dificil drama la *Carcajada.* ¡Privilegio esclusivo del talento! D. Manuel Catalina conmovió, causó verdadera admiracion. Vamos á reproducir lo que escribió en el "Heraldo" el autor de esta biografía:

"Este distinguido primer actor y director de la compañía que ha trabajado en el Teatro Nacional, obtuvo un espléndido triunfo la noche de su beneficio. Al presentarse en la escena el Sr. Catalina, con su aire modesto que revela el verdadero talento, fué saludado por toda la concurrencia con un prolongado y estrepitoso aplauso, que no le dejó hablar durante largo rato. El simpático actor continnó siendo obsequiado durante la representacion del drama, *La Carcajada,* cuyo protagonista representó con admirable maestría. Bajada la cortina, despues del segundo y tercer acto, fué llamado el Sr. Catalina, para recibir mil bravos del público todo, que demostró reconocia su gran talento.

"La concurrencia se manifestó antenoche, inteligente y justa. Repetidas veces habia demostrado el Sr. Catalina, ya en el drama sentimental, ya en la comedia de costumbres, que ha hecho un gran estudio del arte,

que tiene el talento necesario para comprender y caracterizar los diferentes papeles que ha tenido que representar; pero en la *Carcajada*, se sobrepujó á sí mismo y se colocó á una grande altura. Joven y aplicado, de fina educacion, y conociendo la buena sociedad que ha frecuentado, el porvenir del Sr. Catalina es brillante, y no dudamos que en la dificil carrera que sigue, obtendrá repetidas ovaciones, y su nombre llegará á un distinguido lugar.

"El Sr. Catalina puede estar persuadido que merece las simpatías del público, que cuantos van al teatro le admiran, y cuantos le tratan le aprecian, porque es caballero, porque es instruido, porque es modesto, porque su figura y sus modales son agradables, y que su visita á México se recordará siempre con placer."

Veracruz, en cuyo teatro dió varias representaciones el Sr. Catalina, fué testigo de sus triunfos: aquel inteligente público, lo mismo que habia hecho el de esta capital, concedió al actor mencionado el primer lugar sobre todos los que hasta ahora han visitado la República.

Cuando menos lo esperábamos los amigos y admiradores del Sr. Catalina, se le vió volver y de nuevo presentarse en el teatro Nacional. El dificil papel de Glocester, en

los *Hijos de Eduardo*, fué el que escogió para su primera salida. ¿Pero qué es dificil para un talento superior? ¿qué es dificil para el hombre de grandes conocimientos, de vasta instruccion, que tiene constancia en el estudio y fuerza de voluntad bastante, para no detenerse y marchar siempre hasta elevarse á la altura á que está llamado? Nada, jamas habia representado Catalina el papel de Glocester; sin embargo, lo caracterizó con maestría, y al dia siguiente, en todas las reuniones de personas que habian concurrido al teatro, no se hablaba de otra cosa; el nombre de *Manuel Catalina*, el célebre actor, se oia por todas partes. Ese no fué su único triunfo; otros y otros siguieron, y *Flor de un dia*, en que estuvo inimitable, *La Conciencia*, *La mujer gazmoña y marido infiel*, *Por él y por mí*, *No hay que tentar al diablo*, *Demi monde*, y otras muchas que nos parece innecesario citar, pues aun están muy frescas en la memoria, le proporcionaron aplausos y llamadas á la escena.

Para su beneficio escogió el Sr. Catalina una comedia de Legouvé que tradujo y arregló á la escena española, dándole mas estension á los papeles de algunos personajes y haciendo mas interesante y de mas efecto la composicion. La representacion tuvo un éxito brillantísimo, y *Por derecho de conquista*,

ha aumentado nuevos laureles á la hermosa corona artística que tiene justamente adquirida.

Razones que no son del caso referir se opusieron á que hubiera una gran concurrencia en el teatro la noche de dicho beneficio; pero es tal el afecto que se tiene al Sr. Catalina, tal la admiracion que causa y el convencimiento de que es el alma de la compañía dramática, y que á su incesante trabajo, á una constancia sin ejemplo, se debe el buen resultado de las representaciones, que los abonados solicitaron de la empresa se diese al distinguido actor otro beneficio, cuya solicitud fué apoyada por la prensa en términos honrosísimos para el Sr. Catalina. La empresa, que estaba en las mejores disposiciones, se manifestó anuente y concedió el nuevo beneficio. Este rasgo honra al Sr. Catalina y prueba cuánto se le quiere y cuánto se aprecia su inmenso talento.

¿En qué género sobresale el Sr. Catalina? Cuando le vemos representar *Mujer gazmoña y marido infiel*, *El hombre de mundo* y otras decimos que es inimitable en la comedia de costumbres; cuando le vemos representar *La Trenza*, *La Carcajada*, *Los hijos de Eduardo*, decimos que es sublime en el drama. El Sr. Catalina se posee perfectamente del pa-

pel que toma á su cargo: estudia el carácter del personaje, tiene presente la historia, y avorecido por su gran talento lo representa con toda verdad. De gallarda presencia, habiendo recibido una esmerada educacion, y tratado la sociedad mas escogida, el Sr. Catalina está en la escena con desembarazo, sus modales son decentes, sus gestos los que convienen, sus transiciones naturales.

La refundicion de la preciosa comedia de Moreto, *El Licenciado Vidriera* se debe al Sr. Catalina, por quien fué representada con un brillante resultado en el teatro del Instituto de Madrid. Ese trabajo literario del distinguido actor, mereció los elogios de la prensa. A ese laurel literario debe agregar el del arreglo de la comedia *Por derecho de conquista*. El Sr. Catalina ha revelado en esas dos obras sus conocimientos en literatura y los profundos que posee de los efectos teatrales. El Sr. Catalina ha ceñido su frente con dos coronas; la de artista y la de literato.

En sociedad, el Sr. Catalina se distingue por su moderacion, por sus modales finos y elegantes. Su conversacion es amena y muy entretenida. Manifiesta su instruccion sin pretenderlo. El Sr. Catalina admira y entusiasma en la escena, y llama la atencion y

agrada en sociedad. Es artista notable y cumplido caballero.

El porvenir del Sr. Catalina es brillante. Las ovaciones y la gloria harán su nombre inmortal.

JOSE A. GODOY.



A LA SEÑORA

Doña Matilde Diez.

A vd., que despues de Mr. Legouvé, ha dado vida y valor á esta comedia; á vd., que ha creado con incomparable talento el simpático personaje de María, dedica su pobre trabajo

EL TRADUCTOR.

Esta comedia ha sido representada para beneficio del primer actor y director del teatro Nacional de México, D. Manuel Catalina. El mérito literario del original, las máximas sociales y políticas que encierra, han hecho que su éxito sea tan satisfactorio como pudiera esperar el autor. La ejecucion artística ha contribuido á realzar la bondad de la obra; y el esmerado trabajo de las señoras doña Carlota Armenta, doña Adelaida Robreño, doña Cármen Planas, D. José Robreño, D. Juan Catalina y D. Pablo Miranda, ha añadido nuevas bellezas á la obra de Mr. Legouvé. Cree, pues, un deber de justicia consignarlo así públicamente

MANUEL CATALINA.

POR DERECHO DE CONQUISTA.

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Personajes.	Actores.
MARIA................	Doña Matilde Diez.
LA CONDESA DEL ESPINO..	" Carlota Armenta.
LUISA..................	" Adelaida Robreño.
JUANA, criada..........	" Cármen Planas.
AMALIA................	" Dolores Montoro.
JORGE SIMON, ingeniero...	Don Manuel Catalina.
EL MARQUES DE FUENFRIA.	" José Robreño.
EL VIZCONDE DEL FRESNO.	" Juan Catalina.
FEDERICO...............	" Pablo Miranda.

ACTO PRIMERO.

Sala con vistas á un jardin: puerta al fondo y laterales: muebles del dia: mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

Juana.—Ea! ya está todo en órden; (*despues de arreglar los muebles de la sala*). Con eso cuando vengan las personas que quieren comprar la quinta... A propósito; recordemos lo que la señora me dijo ayer al llegar de los baños. "Mañana vendrán gentes á ver la posesion; enséñales el jardin, la huerta y las demas dependencias de la casa; pero dí que yo estoy indispuesta, y no dejes entrar en mi habitacion mas que al médico (*hablando consigo misma*), ya ha venido (*continuando*), al Sr. de Torre-Hermosa, está paseando en la huerta, y al escribano." —Un médico, un escribano y un jóven! Se me figura que hay en todo esto algun misterio; y el cuidado que tuvo la señora de no ver á nadie de su familia al pasar ayer por Valencia...... (*Viendo al marqués.*) Ah! este será algun comprador.

ESCENA SEGUNDA.

EL MARQUES, JUANA.

MARQUES—(*que entra por el fondo con un libro en la mano*). Han llegado ya las señoras?

JUANA.—Sí, señor; anoche llegaron; pero mi ama está tan cansada, que no puede recibir á nadie.

MARQUES.—Bien; dila que estoy aquí (*dando una palmada en el libro que ha seguido leyendo*), sí, es cierto; este es el verdadero puesto que debe hoy ocupar la nobleza.

JUANA.—Pero, caballero; ya le he dicho á vd......

MARQUES.—Que la señora no recibe? ya lo he oido; pero dile que soy yo.

JUANA.—Caballero, pero si yo no sé......

MARQUES—(*reparando en ella*). Cómo que no sabes...... Ah! es cierto; tú eres nueva en la casa. Dí á tu ama que está aquí el marqués de Fuenfria.

JUANA.—Ah! el hermano de la señora! el tio de la señorita! Voy corriendo.

ESCENA TERCERA.

MARQUES.—Sí, pardiez! este libro tiene razon; es lo único que le resta que hacer á la vieja nobleza de provincia; rehusar las embajadas, los ministerios y conquistar su puesto á la cabeza de la nacion por medio de la ciencia y el trabajo; esto es mas digno, mas oportuno que deberle como nuestros antepasados, á la fuerza de la espada y á la razon de la lanza.

ESCENA CUARTA.

LUISA: EL MARQUES.

LUISA—(*saliendo*). Tio! querido tio!

MARQUES—(*dejando el libro sobre la mesa*). Luisa! hija mia! Otro abrazo! otro! hace tanto tiempo que no tenia esta dicha! Y qué hermosa estás! Parece que los aires del mar no han empañado tu hermoso cútis. Y tu madre?

LUISA.—Como siempre. Enferma y triste; ayer tuvo un ataque terrible y ahora está descansando, por lo que no podrá tener el gusto de ver á vd., querido tio.

MARQUES.—Pobre hermana! tan buena y cariñosa, y siempre enferma; pero, y tú? Vamos, vamos; cuéntame qué has hecho en todo este tiempo. Te has diverdo? Has montado á caballo, has hecho muchas conquistas? cuenta, cuenta.

LUISA.—He gastado todo el dinero que me dió vd. para mis caprichos.

MARQUES.—Buen dinero! Unas cuantas miserables onzas tan viejas como yo. No es eso lo que yo debería darte, hija mia. Lo que tú necesitas es un marido.

LUISA—(*con rubor*).—Tio!

MARQUES.—Y pensar que por falta de ese maldito dinero que una quiebra nos ha llevado, una muchacha como esta, un ángel....

LUISA.—Un ángel sin dote, que es peor que un ángel sin alas.

MARQUES.—Es cierto; sí: maldito dinero! Pero qué! no hemos de encontrar un buen muchacho de talento y

corazon, que quiera volver por el honor de su sexo, casándose con tal tesoro?

Luisa.—Mucho temo lo contrario; pero, qué importa, tio? á bien que no seré la primera que le pase lo mismo. Vaya; dejemos el mundo como está, y hábleme vd. de sus proyectos, de sus invenciones; ya sabe vd. que soy su confidente.

Marques.—Sí, y hasta mi ayudante; por cierto que un dia, por poco te quemo esos lindos dedos en un esperimento de química.

Luisa.—Y aquel proyecto del canal de riego para la provincia? Y el pozo artesiano? Y la sociedad zoológica? Cuéntemelo vd. todo: quiero saber lo que ha hecho vd. desde que no le vemos.

Marques.—Lo que he hecho? morderme las uñas de desesperacion al ver el estado á que se halla reducida en el dia nuestra clase. Con todos nuestros títulos y cruces, qué hacemos nosotros en la nacion? Para qué servimos á la sociedad? Para comernos nuestras rentas estúpidamente en nuestros artesonados palacios y ostentar unos blasones que no hemos adquirido, y que no sabemos conservar. No; no: esto es indigno de las personas que por su misma elevacion deben dar ejemplo á los demas. La mision guerrera de la nobleza concluyó con los siglos belicosos que la crearon; y hoy que las artes y las ciencias imperan mas en el mundo que las armas y la fuerza, los nobles, en vez de ponerse como antes á la cabeza de sus falanjes para ir á aumentar las tierras de sus reyes con las ciudades de sus enemigos, deben colocarse ahora al frente de los trabajadores en la civilizacion del mundo, y marchar con ellos á la conquista de la ciencia y del saber. Este es el solo medio de conservar sus nombres á la posteridad y legar á sus hijos blasones nuevos que puedan brillar al lado de los antiguos.

Cuando pienso que tantos hombres salidos del pueblo, Ensenada, P. M. Colbert, quizá han hecho por su patria lo que no ha hecho ninguno de los nuestros, me acomete una especie de vértigo; el vértigo del trabajo; y me encierro en mi biblioteca, y allí me paso dias enteros, soñando mil proyectos científicos que hagan inmortales los nombres de los Fuenfria y Altamura.

Luisa.—Y lo serán. Un jóven muy sabio que ha leido las memorias que vd. envió al ministerio de fomento, nos decia hace poco que era vd. positivamente un hombre de genio.

Marques.—De veras? Ese muchacho tiene talento. Pero con todo, hija mia, estoy seguro de que me tendrán por loco, y creo que con razon; de qué me sirve tener ideas, sino poseo los medios de ponerlas en práctica? Ah! si yo tuviera . . . á propósito; se acaba de formar una compañía poderosa para desecar los pantanos de Villa-rasa. El ingeniero debe llegar hoy.

Luisa.—Villa-rasa? Si mal no recuerdo, creo que ya habiamos nosotros pensado en esa gran obra tan beneficiosa para la provincia.

Marques.—Que si habiamos pensado? Treinta y tres proyectos diferentes tengo para su realizacion y es imposible que cuando el ingeniero los oiga. . . . porque los oirá; le he citado y le estoy aguardando. Cuando sepa que la mitad de ese pobre pueblecillo de Altamura ha sido devastado por una inundacion. . . .

Luisa.—Qué dice vd., tio? ese pueblecito tan pintoresco, cuyo nombre llevamos y que en otro tiempo perteneció á mi familia?

Marques.—Arruinado completamente. Ya he enviado una peticion al gobierno solicitando auxilios para sus desgraciados habitantes, y entre tanto que llegan, he

abierto una suscricion para enviarla á Valencia y á toda la provincia.

Luisa.—Una suscricion! me alegro. Yo me suscribo por......

Marques.—Por cuánto?

Luisa.—Ah! (*deteniéndose confusa*). No me acordaba: he gastado todo lo que vd. me dió en tonterías y caprichos. No importa; tengo dinero: mi caballo, mis alhajas...... lo venderemos todo y remediaremos á esos infelices aldeanos. No le parece á vd.?

Marques.—Escelente muchacha! Cuando pienso que por falta de dote tal vez......

Luisa.—Volvemos al tema!

Marques.—Sí; volvemos; es mi idea fija! pero no desesperemos; todo depende de la fortuna, de la casualidad; y quién sabe si el dia menos pensado se aparecerá por aquí un buen partido como el de Angelita de Peralta, por ejemplo; no te acuerdas? Qué suerte de muchacha! Se casa con un hombre riquísimo, D. Cárlos de Rivera, y jóven, de buena presencia; á propósito de jóvenes. Dónde has visto á ese de que me hablabas?

Luisa.—Cuál, tio?

Marques.—Ese que dice que soy hombre de genio. Quisiera conocerle. Sabes tú cómo se llama?

ESCENA QUINTA.

Los mismos, Juana.

Juana.—Señorita, la señora pregunta por vd.

Luisa.—Voy corriendo. Hasta luego, tio.

Marques.—Pero dime antes.

Luisa.—No puedo; me está esperando mamá.

MARQUES.—Un momento!

LUISA.—Es imposible.

MARQUES.—Pero dime siquiera el nombre.... tengo que verle.

LUISA.—Pues bien; debia guardar silencio hasta que mamá le enterase á vd., porque vd. no sabe......

MARQUES.—Ni una palabra.

LUISA.—Pues es jóven, buen mozo; con mucho talento, casi tanto como vd. y...... no quiero decirle á vd. mas.—Adios! adios!

ESCENA SESTA.

JUANA, EL MARQUES.

MARQUES.—Vamos! vamos! ya caigo. El misterio de la madre y la turbacion de Luisa...... Tenemos novio en campaña. Con tal que sea digno de ella! Es necesario prepararla un buen regalo de boda. Dime, muchacha, habrá algun criado en la casa que pueda ir á llevar esta carta á Valencia?

JUANA.—Sí, señor; por quién ha de preguntar?

MARQUES.—Por el ingeniero de la compañía de los pantanos, en la fonda del Cid; pero...... no, dame. Ya que mi hermana no está visible.... mejor será.... Sí, voy yo mismo á buscarle. (*Juana sale.*)

ESCENA SÉTIMA.

EL MARQUES, AMALIA, EL BARON.

AMALIA.—A donde va vd. tan de prisa, tio? (*Deteniéndole.*)

MARQUES.—Ah! sobrinos; buenos dias: voy á un

asunto urgente, que no permite demora, y con vuestro permiso......

Amalia.—Un momento, un momento nada mas; y díganos vd......

Marques.—Qué, sobrinos?

Baron.—Qué significan estos misterios? Ha sabido vd......

Amalia.—Sí; sabe vd. ya......

Baron—Conoce vd......

Marques—A quién?

Baron.—Vaya, no se haga vd. de nuevas; á nuestro futuro pariente, al que será pronto su sobrino; al novio de Luisa.

Marques.—Luisa se casa?

Amalia.—Vamos, á qué viene la reserva? El escribano mismo que ha de estender el contrato, se lo ha dicho en secreto á una persona, que me lo ha contado á mí, en confianza, se entiende.

Baron.—Por eso hemos venido á toda prisa; porque como el escribano no ha querido decir quién es el novio, y la tia no nos habló ayer una palabra de este asunto, á su vuelta de los baños, hemos creido de nuestro deber, venir á informarnos, de los títulos y posicion de nuestro nuevo primo, ya que mi tia ha cometido la desatencion de no dar parte ni consultar á la familia como es de costumbre en estos casos, entre personas de nuestra clase.

Marques.—Sí, es cierto; pero, qué quereis...... se conoce que mi hermana no ha creido conveniente decir nada por ahora. Y lo peor es que como hasta la noche no puede ver á nadie, tenemos que quedarnos con la curiosidad..... Conque, yo estoy muy de prisa. Hasta la vista.

ESCENA OCTAVA.

DICHOS, LA CONDESA.

CONDESA.—(*Deteniendo al marqués*) vd. por aquí? Me alegro. Así sabremos....

MARQUES.—Imposible, me están esperando y no puedo detenerme. (*Váse*).

AMALIA.—Por lo visto, tampoco vd. ha podido descubrir nada.

CONDESA.—Sí, Juana me ha contado muy en secreto, que mi cuñada y su hija, recibian en los baños con frecuencia, á un jóven llamado Torre-Hermosa.

BARON.—Y vd. infiere....

CONDESA.—Como Juana no me ha dicho mas.... no puedo calcular....

AMALIA.—Es bien estraño no haber dado parte á nadie; ni aun á vd., á la marquesa del Espino su hermana política.... la segunda madre de Luisa....

BARON.—Esto es casi un desaire, y vd. en nombre de nuestra noble familia debia informarse directamente.

CONDESA.—Como el médico ha prohibido ver á mi cuñada, no me ha sido posible....

BARON.—Pero nuestro primo el vizconde, que ha hecho mucho tiempo la corte á Luisa, sabrá algo que pudiera iluminarnos.

CONDESA.—Quién? Cárlos? Es un botarate sin pizca de formalidad: probablemente estará diciendo requiebros á todas las muchachas de la aldea, al llegar le vi en la plaza y.... me parece que oigo su voz....

JORGE.—(*Dentro*). Bien, bien, esperaremos en esta sala.

CONDEA.—No es Cárlos (*mirando por el foro*).

AMALIA—(*Que se ha acercado tambien*). Es el jóven que encontramos junto á la huerta.

BARON.—Será alguno de los que vienen á ver la posesion.

AMALIA.—Y otro caballero le acompaña.

ESCENA NOVENA.

LOS MISMOS, JORGE Y FEDERICO.

JORGE—(*Entrando*). Señoras.... caballero.

AMALIA—Tiene un aire muy distinguido.

CONDESA—Será acaso....

AMALIA—Quien....

CONDESA—(*Mirándole*) Bien pudiera ser; ese aspecto.... Y el jóven de que me habló Juana? Ese Torre-Hermosa.

BARON—No tia, cuando llegamos ví que le llamaban y no es ese su apellido....

CONDESA—No importa, si no es él, tal vez sean parientes suyos ó convidados para la boda.

AMALIA—Es verdad.

CONDESA—Y pudieran darnos noticias....

AMALIA—Sí.

CONDESA—Veamos (*dirigiéndose á Jorge*). Caballero, vd. habrá oido decir muchas veces, que las mugeres son curiosas, no es cierto?

JORGE—Nunca, señora.

CONDESA—Vamos, sea vd. franco, y confiéselo vd. Si vd. lo ha oido, ha oido una verdad, somos casi tan curiosas como los hombres, y esta es la razon, por lo que yo estoy deseando saber, si vd. ha venido á esta casa, por el mismo motivo que nosotros.

JORGE—Así lo creo, señora.

CONDESA—Por el casamiento de Luisa?

JORGE—Precisamente.

CONDESA—Entonces conoce vd. al Sr. de Torre Hermosa?

JORGE—Tengo ese honor.

AMALIA—Conque le conoce vd.

JORGE—Oh! mucho.

FEDERICO—(Qué está diciendo?)

CONDESA.—Pues bien; nosotros no le conocemos, y desearíamos, si no temiésemos abusar de la bondad de vd., hacerle algunas preguntas.

JORGE.—Tendré mucho gusto en responder á ellas.

CONDESA.—Díganos vd., ha llegado ya?

JORGE.—Sí, señora; esta mañana.

CONDESA.—Ah! conqué está aquí? Y su familia, pertenece á nuestra clase?

JORGE.—Su familia...... es una familia honrada.

CONDESA.—Y es rico?

JORGE.—Él personalmente, no; pero su madre es riquísima.

CONDESA.—De modo que el casamiento es un casamienta por amor; porque él ya sabrá que la fortuna de mi cuñada es bastante mezquina.

Jorge.—Lo sabe, y puedo asegurar á vdes., que no ha pensado en ello al desear este enlace.

Condesa.—Muy bien me parece, muy recomendable es esa delicadeza en los tiempos que vivimos. Y díganos vd., es jóven? Tiene buena figura, talento, elegancia?......

Jorge.—Señora, me hace vd. unas preguntas tan espinosas...... yo soy amigo íntimo suyo...... y los elogios en mi boca pueden parecer parciales.

Condesa.—No; la amistad no está reñida con la justicia y la verdad.

Jorge.—Es cierto, señora; pero es muy difícil responder á las preguntas de vd.

Condesa.—Difícil?

Jorge.—Sí, señora, y eso que no debiera serlo para mí, cuya profesion es resolver problemas.

Condesa.—Problemas? no entiendo.

Jorge—(*saludando*). Jorge Simon, ingeniero.

Baron y Amalia—(*con desden*). Ingeniero!

Condesa.—Simon? el director de ese magnífico canal que ha de ponernos en comunicacion con el Océano?

Federico.—El mismo; sí, señora, y el autor del proyecto del camino de hierro del Norte.

Jorge.—Federico!

Federico.—Y el creador de la gran industria minera que viene de Asturias......

Jorge—(*presentándole*). El Sr. D. Federico Mendoza, mi amigo íntimo.

Baron—(*aparte*). Ya se conoce.

Condesa.—Celebro, caballero, que el Sr. de Torre–

Hermosa haya escogido para testigo de su boda á una persona de tanto mérito.

BARON.—Bah!

JORGE.—Agradezco mucho, señora, tanta bondad que me lisonjea; tanto mas, cuanto que no esperaba seguramente una acogida tan amable.

CONDESA.—Y por qué no?

JORGE.—Porque......

CONDESA.—Ya comprendo; porque no pertenece vd. á la aristocracia; á esa elevada clase de la nobleza que pintan tan altanera y orgullosa? Yo creia que una persona de talento como vd., no debia participar de esas ideas vulgares. Acaso vd. cree que somos vanidosos?

JORGE.—Señora......

BARON.—Está vd. en un error. Nosotros tenemos orgullo, pero no vanidad.

JORGE.—Sí, tienen vdes. la vanidad de tener orgullo.

CONDESA.—Y querrá vd. decirnos, caballero, en qué funda vd. su opinion?

JORGE.—No me lo pregunte vd., porque sería capaz de responderla.

CONDESA.—Eso es lo que deseo, porque á la verdad no puedo comprender...... Qué mas puede exigirse de nosotros? En otro tiempo en que nuestra clase vivia aislada, sola, formando un círculo aparte en la nacion; círculo cuyo acceso era dificil aun á la nobleza de segundo órden, é imposible á quien no pudiera ostentar en una targeta un escudo de armas malo ó bueno, convengo en que el pueblo y la clase media podian calificar de orgullosa una sociedad cuyas puertas eran inaccesibles; pero hoy, que por el contrario, se han abierto á todo el mundo; hoy los mas grandes apellidos de la no bleza figuran en el ejército, en la marina, en el parla-

mento, al lado de los hijos del pueblo; hoy que esa misma grandeza que califican de altiva, se hace un honor de recibir en su seno, en sus reuniones, en sus soirés, á cuantos artistas, literatos, abogados, hombres de ciencia designa la fama como notables, merece que se la juzgue como antes, y se la crea todavía orgullosa?

Jorge.—Y qué me respondería vd. si la dijese que tal vez los mismos argumentos que vd. emplea para persuadirme, me afirman mas en mi opinion? Qué me diria vd. si yo creyese que si los nobles ocupan hoy los puestos que en otro tiempo se destinaban á los plebeyos, es tal vez por temor de que éstos se apoderen ahora de ellos, y que esas concesiones, que hoy se hacen á las personas que vd. ha nombrado, no son quizá sino una vanidad mas? La vanidad de los salones aristocráticos, son esos literatos, esos sabios, esos artistas, así como se adorna una sala con un jarro del Japon, una copa de Benvenuto Cellini ó un cuadro de Rafael.

Condesa.—Háganos vd. mas justicia; nosotros, por el contrario, queremos probar á los que nos acusan, que ante la ciencia y el saber, no existen diferencias de cuna: y vd. mismo es buen ejemplo. El Sr. de Torre-Hermosa pertenece á la nobleza; y vd., sin embargo, es su íntimo amigo; ya ve vd. que esto prueba......

Jorge.—Oh! no hay regla sin escepcion; Torre-Hermosa tiene ideas originales que cuentan todavía con muy pocos partidarios.

Condesa.—Si yo entro en el número.

Jorge.—Vd., señora? No es posible, y si vd. fuera franca, me confesaría que á pesar de todo su talento, allá en el fondo del corazon, y por mas que vd. haga por convencerse, no se considera vd. igual...... á esas personas de que hablamos hace poco y que vd. convida quizá á sus bailes. Vd., acostumbrada desde que nació

á la consideracion y al respeto de toda clase de gentes, desde el tendero que la vende, hasta el ministro que la sirve; vd., mecida desde la cuna en esa atmósfera de superioridad y dominio, ¿cómo ha de suponerse vd. de la misma masa que los que la han habituado á vd. á esas prerogativas, que los que la han tributado á vd. sus homenajes? Oh! es imposible, aunque su razon la diga á vd. lo contrario, la costumbre, el hábito de toda la vida, no se desarraigan tan fácilmente.

Condesa.—Cuando están en oposicion con nuestras ideas......

Jorge.—A veces no basta, y quizá yo soy un ejemplo vivo de ello.

Condesa.—Vd.?

Jorge.—Yo mismo; yo que como han visto vdes., tengo ideas un poco democráticas, un poco socialistas; yo, que casi me he erigido campeon de la igualdad ante vdes., sin poderlo remediar y á pesar mio, me siento en este instante casi orgulloso de hallarme en medio de una familia noble y aristocrática.

Condesa.—Esto consiste, como vd. ha dicho, en que las ideas de la niñez se borran con dificultad; pero á pesar de ellas, estoy segura de que vd. no variará en nada las que ha adquirido despues con respecto á la igualdad de la especie humana, así como nosotros, aunque nacidos en esa atmósfera de superioridad de que vd. nos habla, no variaremos tampoco las que los adelantos de la civilizacion moderna nos han hecho formar sobre esa misma igualdad.

Jorge.—Ojalá fuera cierto, señora.

Condesa.—Vd. lo duda?

Jorge.—Y si la probase á vd. lo contrario?

Condesa.—Le desafio á vd.

JORGE.—Cuidado, señora!

CONDESA.—Lo repito, le desafio á vd.

JORGE.—Pues bien; una vez que vd. no participa de esas ideas, supongamos que su sobrina de vd., único vástago de la ilustre familia de los vizcondes de Altamura, en vez de casarse con el conde de Torre-Hermosa hubiera escogido para marido al hijo del tio Anton, el posadero por ejemplo......

CONDESA.—Oh! no la volveria á ver jamas.

AMALIA.—Por supuesto!

BARON.—Qué locura!

JORGE—(*sonriendo*). Con que no? Ya ve vd., señora......

CONDESA.—Oh! pero vd. supone cosas imposibles.

JORGE.—Imposibles! Pues qué, el hijo del tio Anton no puede ser un hombre instruido, sabio, una de esas personas notables que honran su país?

CONDESA.—Sí; pero......

JORGE.—Pero no seria digno de Luisa, no es verdad?

CONDESA.—Oh! No sigamos, porque la cuestion seria larga y tal vez vd. me convenceria; quiero, sin embargo, que vd. permanezca en su opinion, y para probarlo á vd...... venga esa mano...... Vd. no es noble, no es verdad? Pues bien; la condesa del Espino tiene una honra en haber conocido á vd. y se considerará favorecida siempre que vd. se digne visitar su casa.

JORGE.—Siempre que no sea para pedir la mano de su sobrina, para el hijo del tio Anton?....

CONDESA.—Por supuesto (*sonriendo*). Tiene talento este jóven!

BARON.—Bah! no tiene nada de particular! Un ingeniero debe por lo menos tener ingenio.

ESCENA DÉCIMA.

Los mismos, Juana.

Juana.—Señora condesa, ahí está el tio Blas con una labradora que no conozco......

Condesa.—Voy, voy. Será para la venta de los granos y el ganado que quedan en la granja; como mi cuñada está enferma, me ha encargado que arregle este negocio...... Ya ve vd. (*á Jorge*) que aunque condesa, no me desdeño de vender vacas y gallinas, como una pobre labradora.

Jorge.—Oh! señora, Carlo Magno vendia sus ganados.

Condesa.—Bravo por la cita histórica.—Vamos?

Baron.—Vamos.

ESCENA UNDÉCIMA.

Jorge, Federico.

Federico—Ahora que estamos solos, quieres esplicarme, qué diablos significa todo esto? ¿Qué boda es esta de que hablabais, quiénes son los novios? Porqué estamos aquí?

Jorge—La boda es la mia, el novio, soy yo,

Federico—El conde de Torre-Hermosa.

Jorge—Soy yo.

Federico—Tú, hijo de unos labradores: tú demócrata por instinto, asociarte á una familia aristocrática?

Jorge—Y qué quieres amigo mio, el corazon no se

manda, y el mio ama frenéticamente con una de esas pasiones que se apoderan de la cabeza, del pensamiento, del alma entera, y nos subyugan y fascinan.

Federico—Vaya eso ya lo comprendo, pero el amor no creo que cambie los nombres y ese tituló de conde...

Jorge—Pertenece á una magnífica hacienda que mi madre me ha comprado; su dueño partidario de D. Cárlos, emigró para siempre, y al vender la finca, quiso tambien vender el título y señorío que iba unido á ella.. Mi madre no vaciló, y ahí tienes la causa de haberme oido llamar así.

Federico—Conque has adoptado el título y el apellido.

Jorge—No por cierto..

Federico—Cómo te dejas llamar entónces Torre-Hermosa?

Jorge—A pesar mio.

Federico—No lo comprendo.

Jorge—Escucha: recuerdas que en el mes de Julio, dejé á tu cuidado la direccion de nuestra magnífica esplotacion minera ...?

Federico—Sí, para ir á estudiar el gran proyecto de caminos y canales cuya ejecucion te confian?

Jorge—Pues bien, estaba yo en los baños inmediatos á Valencia, haciendo los trabajos preparatorios de mi proyecto, cuando una tarde que vagaba solitario á la orilla del mar, encontré á una señora anciana que se paseaba muy despacio, sentándose á cada momento en una silla de mano que llevaba un criado, en cuyo brazo se apoyaba. Ya conoces mi pasion por las señoras mayores que sin querer me recuerdan á mi madre: y al ver aquellos hermosos cabellos blancos, aquel aire bon-

dadoso, y aquel semblante todavía bello, á pesar de la enfermedad que le consumia, me acerqué á ella instintivamente y le ofrecí mi brazo. Jamas me han desairado conquistas de esta especie. La marquesa de Altamura (porque era ella) aceptó, y á los pocos monentos, ya me habia confiado sus pesares, sus desgracias, su enfermedad, y sobre todo su temor al dejar á su única hija sola en el mundo sin fortuna y sin protector. Yo, como puedes figurarte, juzgué oportuno pagar su franqueza con la mia y al cabo de una hora de conversacion ya sabia de mi vida cuanto tú sabes, y hasta lo de la hacienda y el título de Torre-Hermosa, que tú ignorabas.

Desde aquel dia seguí visitándola constantemente, hasta que una mañana al entrar en su casa á la hora de costumbre ví sentada á la cabezera de su cama una jóven. Era su hija, que volvia de una quinta inmediata, donde habia pasado algunos dias con unos parientes suyos. Yo, me habia detenido en el humbral de la puerta, cuando su madre haciéndome una señal con la mano me presentó á su hija diciendo: "aquí tienes al conde de Torre-Hermosa, de quien tanto te he hablado" Yo que en diferentes ocasiones, me habia chanceado con la marquesa sobre un título postizo, iba á replicar con objeto de declarar mi verdadero nombre, cuando ella me interrumpió diciéndome en voz baja: "no la desengañe vd., se lo suplico." Yo obedecí maquinalmente, y al fijar los ojos en el echicero semblante, que se me presentaba de repente como una aparicion mágica, celestial, no sé lo que pasó por mi alma. Luisa, á toda la hermosura de una deidad, á toda la bondad de una vírgen reunia en sus ojos un no se qué de orgullo, de superioridad, de altivez, que me dejó estático y anonadado. En aquella frente noble y despejada, se veia el reflejo de una raza gloriosa, el brillo de diez generaciones que habian llenado la historia con sus nombres; y cuando en la conversacion dejaba entrever su

ingenioso desden por todo lo que no es elevado, noble, aristócrata, en fin, lo creerás? Encontraba un orgullo, legítimo, justo; yo, hijo del pueblo, y hasta esa misma altivez, era un nuevo insentivo á mi pasion insensata. Sí, creo que la amaba con mas pureza porque me creia indigno de ella.

FEDERICO—Vaya, amigo mio, tenias razon, habias perdido la cabeza.

JORGE—Y de tal modo, que al dia siguiente, pedí á la marquesa la mano de su hija. Ese enlace es mi sueño dorado, me respondió; pero si quiere vd. verificarlo, no hable vd. á Luisa de sus riquezas.... y oculte vd. su verdadero nombre, hasta que yo se lo descubra.

FEDERICO—Creo que tenia razon.

JORGE—Sin embargo, yo no podia resolverme á prolongar mas tiempo el error de Luisa; pero la marquesa me habló en términos tan apremiantes del estado de su salud, del abandono que amenazaba á su hija; apeló de una manera tan insinuante á mi amistad y á mi amor, que consentí en callar hasta su vuelta de los baños.

FEDERICO—Es decir, hasta hoy?

JORGE—Sí, hoy es el dia que señalamos para descubrir á Luisa mi verdadero nombre y mi fortuna. Hoy á las diez debo saber en esta sala su resolucion.

FEDERICO—Y es esa la causa de nuestra venida?

JORGE—Sí, amigo mio. Comprendes ahora mi ansiedad, mi angustia.... Cuando pienso que quizá en este momento, se decide mi suerte! Se lo confesará todo la marquesa.... Ah! Tiemblo! La prueba que he intentado hace poco, me quita el valor y la esperanza. Ya has oido á esa inflexible condesa.... A sus parientes.... No la volvería á ver en mi vida! Oh! Quien sabe si Luisa....

FEDERICO.—Una mujer que ama de veras, lo perdona todo.

JORGE.—Escepto lo que la humilla.

FEDERICO.—Bien, llorará un poco, se resistirá tal vez y al cabo accederá.

JORGE.—Por complacer á su madre quizás. Ah! mas tarde el arrepentimiento.... la vergüenza. Oh! No! estoy calumniando á ese ángel.... no puede ser, y sin embargo tengo celos de todo; del pasado, del presente y del porvenir.

VIZCONDE.—(*Dentro*). Eh! Muchacha! Juanita!

JORGE.—Alguien viene.

FEDERICO.—(*Mirando*) El vizconde del Fresno.

JORGE.—El primo de Luisa? Tú le conoces?

FEDERICO.—Sí, le he visto varias veces en Madrid.

ESCENA DUODÉCIMA.

DICHOS, EL VIZCONDE, JUANA.

VIZCONDE.—Ven acá muchacha, ven acá. Toma, (*dándola un abrazo*).

JUANA.—Vaya! déjeme vd. señorito. (*Juana se vá*).

VIZCONDE.—Ah! (*Viendo á Jorge y Federico*), perdónenme vdes. señores.

FEDERICO.—Vizconde!

VIZCONDE.—Amigo mio! Qué quieren vdes. todavía no habia abrazado nada esta mañana!

FEDERICO.—Tengo el gusto de presentar á vd., á uno de mis mas íntimos amigos, que lo es tambien de la señora marquesa de Altamura.

VIZCONDE.—De mi tia?

JORGE.—He tenido el honor de pasar muchas horas á su lado en los baños del Grao.

VIZCONDE.—Muchas horas? Lo celebro, amigo, y le felicito á vd. por el capricho.

JORGE.—Capricho?

VIZCONDE.—Por supuesto. De qué demonios se puede hablar con una vieja en los baños: como no sea de asma, de reumatismo, ó alguna de esas pegigueras que nos regala la Providencia. A propósito; vd. ha estado en los baños? Habrá vd. visto á mi mujer?

JORGE.—Algunas veces, señor vizconde.

VIZCONDE.—Y cómo está de sus nervios? Padece tanto la pobrecilla, que es una compasion. Yo me afecto de tal manera cuando estoy á su lado, que he tenido que tomar la resolucion de no verla casi nunca.

FEDERICO.—Y algunas otras deidades consolarán al Sr. Vizconde entre tanto.

VIZCONDE.—(*Con fatuidad*). Es forzoso distraerme.

FEDERICO.—Y hoy le encuentro á vd. un aire conquistador y calavera....

VIZCONDE.—Sí? (*Riendo*). De veras? Pues si vd. supiera.... Estoy cabilando en la aventura mas chistosa que puede imaginarse!

FEDERICO.—De veras?

VIZCONDE—Figúrense vdes. que hace cuatro años que estoy loco perdido, por una muchacha encantadora de Valencia, una compañera de infancia....

JORGE.—Compañera de infancia (*aparte*).

VIZCONDE.—Ojos negros.... pelo negro.... dientes.... blancos.

JORGE.—Esas señas....

VIZCONDE.—Y una boca....! un talle....! Sin contar su magnífico orgullo que la hace aun mas interesante.

JORGE.—Ella es (*aparte*), y esa jóven....

VIZCONDE.—Yo queria á todo trance casarme con ella.....

JORGE.—Y ella sin duda....

VIZCONDE—Por supuesto estábamos destinados el uno para el otro.... desde la niñez; pero vean vdes. qué desgracia! Una maldita quiebra arruina de repente á la muchacha, y.... adios proyectos. El matrimonio se lo lleva la trampa, y nos vemos precisados á separarnos.

JORGE.—Y aquel amor....?

VIZCONDE.—Eh! Siguió mas profundo, mas firme y arraigado que nunca, en nuestros corazones.

JORGE.—Ella habia confesado á vd. que le amaba.

VIZCONDE.—Mil veces! Es decir, ella no me lo dijo nunca claramente! El rubor.... el empacho.... pero yo lo adivinaba en.... sus ojos, en su silencio mismo.

JORGE.—Ya.

VIZCONDE.—Ya comprenden vdes., que esta situacion era cruel, terrible.... desoladora; vernos separados por un obstáculo insuperable....

FEDERICO.—Su casamienio de vd?

VIZCONDE.—Mi casamiento? No! Qué tiene que ver mi casamiento?....

FEDERICO.—Yo creia....

VIZCONDE.—Bah! El casamiento y el amor son cosas completamente eterogéneas. Vd. no comprende...

FEDERICO.—Ni una palabra.

JORGE.—Sí, hombre, el obstáculo de que habla el señor vizconde, no consistía en que el amante fuera casado, sino en que la amada permanecería soltera.

VIZCONDE.—Eso es.

JORGE.—Comprendes ahora? En la gran sociedad no se puede seducir á una jóven de alta categoría.

VIZCONDE.—Seguramente; vale mas tomar el partido de esperar.

JORGE.—Todo el mundo se escandalizaría. Se perseguiría al seductor.....

VIZCONDE.—Por supuesto.

JORGE.—Pero supon, por ejemplo, que la jóven se casa.

VIZCONDE.—Eso es.

JORGE.—Y entónces ya no hay obstáculo.... no es esto, señor vizconde?

VIZCONDE.—Exacto! exactísimo! pues bien, amigos mios; juzguen vdes. de mi alegría; la muchacha se casa!

JORGE.—Bravo!

VIZCONDE.—Se casa! Eh! qué tal? La consecuencia es bien clara.

JORGE.—Ya lo creo.

VIZCONDE.—Ella no tiene un real; el novio es rico, con que se casa por conveniencia.

JORGE.—Y por lo tanto no amará á su marido.

VIZCONDE.—Es natural. El marido será......

JORGE.—Un imbécil, como todos.

VIZCONDE.—Me hago amigo suyo......

JORGE.—Bien pensado.

VIZCONDE.—Me encargo de acompañar á la niña á los paseos, al teatro, á los bailes......

JORGE.—Bien.

VIZCONDE.—Y á la menor coyuntura favorable.... recopilacion de todos los recuerdos de la familia, pintura horripilante de los sufrimientos de la separacion, maldiciones, melodramas á los bárbaros parientes que me hicieron casarme con 40.000 duros de renta...... lágrimas, suspiros......

JORGE.—&c., &c. La muchacha se enternece y Tableau final.

VIZCONDE.—Eso es: cae el telon, y el marido toca un solo de violon para dar fin al espectáculo.

JORGE.—Bravo, amigo; bravo (*riendo*).

VIZCONDE.—Eh! magnífico!

JORGE.—Sí! delicioso! pero rie, hombre; no te parece divertido?

VIZCONDE.—Es cierto: ria vd., hombre; qué cara tan estraña!

JORGE.—Cualquiera creeria que era el marido.

VIZCONDE.—Es verdad, es verdad; así debe quedarse el marido despues de la catástrofe!

JORGE.—Ja! ja! es cierto. Voy adentro.

VIZCONDE.—Ja! ja! Adios, marido! Lo dicho: qué cara tan original! Ja! ja! Adios, querido. Ja! ja!

ESCENA DÉCIMATERCIA.

JORGE, FEDERICO.

JORGE.—Y bien, amigo mio; qué te parece?

FEDERICO.—Estoy estupefacto!

JORGE.—Y qué harias en mi lugar?

FEDERICO.—Qué haria? Dar mil gracias á Dios por no haberme casado todavía......

JORGE.—Para retirar tu palabra? Pues bien, Federico; yo quiero hacer lo contrario.

FEDERICO.—Medítalo bien. Ese primo......

JORGE.—Es un nuevo peligro que quiero vencer; las contrariedades, lejos de desanimarme, me irritan...... Ah! si mi madre estuviera aquí!

FEDERICO.—Poco debe tardar. Hace ya dias que debió salir de Barcelona....

JORGE.—Para encontrarnos en Valencia.... despues de dos meses de separacion; pero quién sabe si sus asuntos la habrán detenido á su pesar.

FEDERICO.—Alguien llega.

JORGE.—Luisa! Ah! tiemblo! Mi suerte está echada. Corre, amigo mio, ve á Valencia; y si ha llegado mi madre, vuelve á buscarme.

FEDERICO.—Voy volando.

ESCENA DÉCIMACUARTA.

LUISA—(*acercándose con precaucion*). No hay nadie?

JORGE.—Es vd., mi querida Luisa?

LUISA.—Chit: no tan alto! Mamá me ha encargado el sigilo.

JORGE.—Ah! La ha hablado vd. ya?

LUISA.—Sí, ingrato!

JORGE.—Y sabe vd. ya......

LUISA.—Todo! es decir......

Jorge.—Y cuál es la respuesta de vd.?

Luisa.—Esta (*tendiéndole la mano*).

Jorge.—Qué! Se dignará vd. aceptar......

Luisa.—Con todo mi corazon.

Jorge.—Luisa! es posible!

Luisa.—No creia vd., sin duda, que la orgullosa hija de mis padres se resolviera á tal sacrificio? Ah! Jorge! por vd. me es agradable cualquiera humillacion: mi único orgullo es el de mi cuna; el de mi nombre!

Jorge.—Qué dice vd.?

Luisa.—Que ya sé todo el misterio. Sé que vd. es rico, demasiado rico quizá, y si yo fuera la digna descendiente de los Altamura, debia rehusar una pobreza á tanta riqueza; pero, qué quiere vd.? la culpa no es mia, es de vd., Jorge.

Jorge.—Mia?

Luisa.—Ocultar su fortuna en lugar de ostentarla! temer que mi orgullo se ofendiese de sus riquezas! Hay tanta delicadeza en ese rasgo, que casi doy gracias al cielo de no poseer nada para deberlo todo al amor de vd.

Jorge.—Oh! Luisa! Luisa! Pero su mamá de vd. no le ha dicho mas?

Luisa.—Mas? Hay mas todavía? por eso sin duda me ha dicho que le esperaba á vd.

Jorge.—Me espera?

Luisa.—Sin duda para prepararme otra sorpresa.—Muy bien; permito los secretos todavía; pero mas adelante...... Adios, amigo mio. No haga vd. aguardar á mamá! Yo voy á ponerme todo lo mas bonita posible: qué quiere vd.? como no soy millonaria, necesito valerme de mis recursos para que me quieran. Adios!

ESCENA DÉCIMAQUINTA.

JORGE.

Oh! Luisa encantadora! Sí; pero cuando lo sepa todo...... me desdeñará! Y su familia y el vizconde... el vizconde sobre todo...... Oh! seria preciso vencerle con sus mismas armas; el ingenio, la astucia..... Qué! acaso el talento, la diplomacia están vinculadas en una sola clase de la sociedad? Vamos á ver á la marquesa y probemos á estos encopetados señores, que aunque salido de las filas del pueblo, soy tan caballero como ellos.



ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA, MARIA.

CONDESA—(*entrando*). Venga vd., venga vd. Aquí podemos hablar con mas comodidad. Vaya, siéntese vd., y véamos cómo arreglamos este asunto.

MARIA.—Lo agradezco, señora condesa; pero yo no me siento casi nunca. Yo trato mis negocios de cualquiera manera; de pié ó sentada: conque, nos arreglamos? Sí, ó no?

CONDESA.—Pero póngase vd. en la razon; las mulas son escelentes.

LUISA.—Escelentes? No, son malejas; la torda sobre todo tiene una planta y un pelo...... y aquella baya

calzada de mano...... pero quiere vd. muy caro por ellas.

Condesa.—Caro! Unas mulas sanas, jóvenes.

Maria.—La torda cerrará para estas yerbas.... sanas.... si son sanas; pero tambien son caras.

Condesa.—Caras? No es cierto, y cuando vd. las examine despacio......

Maria.—No, no, señora Condesa; ya las conozco; me basta á mí una mirada para conocer una bestia, aunque algunas veces me suelo llevar chasco. Un dia me enamoré de una yunta de vacas retintas, y las pagué doble de lo que valian. Conque vamos, señora condesa, para no cansar: 12,000 reales doy por las mulas.

Condesa.—Sea lo que vd. quiera. Y por la cosecha de este año?

Maria.—Eso es otra cosa; al venir he visto en las eras el trigo y la cebada, que valen á mi cuenta, 4000 reales mas de lo que vd. me pide, y soy mujer de conciencia y se los ofrezco á vd.

Condesa.—Ya veo que efectivamente es vd. una mujer honrada, señora María.

Maria.—Ya lo creo! Conque quedamos conformes, eh? 10.000 reales por el trigo, 4.000 reales la cebada y 12,000 por las mulas...... es decir, 26,000 por todo?

Condesa.—Eso es. Tomaremos un apuntito para la debida formalidad. Quiere vd. papel?

Maria.—Yo? para qué? Ya lo tengo apuntado de sobra.

Condesa.—En dónde?

Maria.—Aquí (*señalándole la frente*).

CONDESA.—Bien; pero siempre será conveniente que hagamos una nota, que ambas firmaremos.....

MARIA.—Es que..... señora condesa, yo no sé firmar.

CONDESA.—Cómo! no sabe vd....

MARIA.—Escribir? Y para qué lo necesito? El escribir es una mala costumbre, y sucede lo que con los anteojos y las muletas, que en haciéndose uno....

CONDESA.—Pero, cómo arregla vd. sus cuentas? vd., tan rica.... tan....

MARIA.—Bah! bah! para 15 ó 20,000 onzas que yo manejo en el año! Mis cuentas son muy sencillas y no necesito...... Cuánto vale el rebaño de merinos, Tio Saturio?—Tanto, señora María.—Anda, camastron, y no lo has podido vender en la feria por la mitad!—Pues deme vd. lo que quiera, señora María.—Bien, bien; vete á casa y te llevarás una taleguilla que tengo en un rincon del arca, y ademas un vestido nuevo para la muchacha, que parece que te quiere dar sustos.—Corriente, señora María, hasta mañana.—Al dia siguiente viene, se lleva el dinero; yo encierro el rebaño en el corral, y ahí tiene vd. arreglado el negocio.—Pero me olvidaba, charlando, charlando.... no me acordaba....

CONDESA.—Algun asunto de interés....

MARIA.—Sí, señora, un asunto...... pero no de dinero, sino de...... vaya, vaya, no quiero soltar la lengua, porque si empezara, no acabaria, y seria capaz hasta de sentarme....

CONDESA.—Y qué mal hay en eso?

MARIA.—Sentarme.... cuando me estará esperando quizá....

CONDESA.—Quién?

MARIA.—Quién ha de ser? Vaya! Mi orgullo, mi alegría, mi hijo!

CONDESA.—Su hijo de vd.?

MARIA.—Sí, señora; mi hijo á quien no he visto hace dos meses, á quien no he abrazado hace dos meses y al que voy á encontrar dentro de un instante, mas contento que nunca, porque vá á ver á su madre y á casarse.

CONDESA.—Casarse! Entonces ya comprendo toda la impaciencia, todo el interés de vd. Yo tambien tengo un hijo, y ademas caso hoy á mi hija adoptiva....

MARIA.—Hoy? De veras? Cuánto me alegro! Por eso mé ha petado vd. desde que la he visto. Cuando se encuentran dos madres que quieren á sus hijos, como nosotras, aunque la una sea toda una condesa, y la otra una zafia labradora, los dos corazones latirán pronto al mismo compas. Pues bien, señora condesa, permítame vd. que la diga una cosa.....

CONDESA.—Diga vd.

MARIA.—Digo que ojalá Dios la de á vd., su divina magestad, un yerno como mi hijo.

CONDESA.—Gracias, y por mi parte no puedo menos de desear á vd., una nuera como mi sobrina.

MARIA.—Bah! En cuanto á mi nuera, creo que no tendré nada que pedir.

CONDESA.—Es alguna labradora rica?

MARIA.—Ea! Labradora! No señora: nosotros picamos mas alto.

CONDESA.—Acaso la hija de algun comerciante?

MARIA.—Quia! Comerciante para mi hijo....?

CONDESA.—De algun abogado....

MARIA.—Quia! Valiente cosa!

CONDESA.—Es alguna princesa entonces?

MARIA—Y qué, cree vd. que sería mucho?

CONDESA.—Vamos, ya veo, Sra. María, que es vd. una verdadera madre; y el cariño la hace á vd. decir disparates.

MARIA.—No, señora; yo sé bien lo que digo, aunque fuera una sultana no sería mucho para mi hijo.

CONDESA.—Pero su hijo de vd. no es labrador tambien? . . .

MARIA.—Mi hijo! Mi hijo destripar terrones! Mi hijo es un sabio!

CONDESA.—Segun eso le ha hecho vd. que aprenda á escribir?

MARIA.—Escribir! !Vaya! Y latin, y griego, y matemáticas, y ortografia. Qué se pensaba vd. porque la tia María sea una pobre rústica, qué importa? Con tal que sea mujer de bien; pero mi hijo! Para él, todo lo del mundo es poco. Y por buena que sea mi nuera, nunca le llegará á la zuela del zapato. Por eso estoy deseando conocerla....

CONDESA.—Qué, vd. no la conoce todavía?

MARIA—No, señora.

CONDESA.—Qué coincidencia! Creerá vd. que yo tampoco conozco todavía á mi futuro sobrino?

MARIA.—De veras? Pero al ménos sabrá vd. como se llama?

CONDESA.—Hace un cuarto de hora solamente.

MARIA.—Pues tiene vd. mas fortuna que yo, porque hasta la presente....

CONDESA.—Es original!

MARIA.—Qué quiere vd.? Es una sorpresa, que me

quiere dar. Me escribió diciéndome, que no tuviera cuidado; que quedaría contenta de la novia, *contenta* con una rayita por abajo, segun me dijeron. Pero no importa, por mas bonita que sea, y aunque tenga dote, y sus veinte abriles por contera la desafío á que le quiera tanto como yo.... y lo que es á ella...... trabajo le ha de costar que le tenga el cariño que á su madre.

CONDESA.—Con que tanto la quiere á vd.?

MARIA.—Toma! Figúrese vd. que durante diez y ocho años, no se ha separado de mí un solo dia, y ahora.... ya no nos separarémos nunca.

CONDESA—Sin embargo; si se casa.....

MARIA—Por eso mismo. Yo vendo mis tierras, mis ganados, mi molino, todo! Y me voy á vivir con él. Ya tengo arreglada la escritura de venta y hoy la firmo, él se ha empeñado, y como su voluntad es la mia.... Sí señora, vivirémos juntitos.... y ya no pensará mas que en descansar de tantos sudores, de tantos afanes como hemos sufrido.

CONDESA.—Pues qué, vd. no ha sido siempre rica?

MARIA.—Rica! Hemos tenido muchas hambres, señora!

CONDESA.—Y entonces, cómo ha podido vd. educar á su hijo..... darle una carrera....

MARIA.—Ay señora! A fuerza de trabajos y de penas...... y cuando me acuerdo de aquellos tiempos (*sentándose sin pensar*). Lo vé vd! Cuando yo la decía que me iba á sentar....

CONDESA.—Y qué importa?

MARIA.—El caso es....pero tiene vd. razon. Cuando se trata de hablar de él.... (*vuelve á sentarse*). Pues bien, señora; ha de saber vd. que yo comencé mi fortuna vendiendo fruta, á la puerta de la Universidad de

Zaragoza que es mi tierra. Todos los estudiantillos venian á mi casa cuando se acababan las lecciones, y con el producto de aquella pobreza mantenía yo á mi pobre hijo, que en tanto, procuraba hacerse útil á todo el mundo, barriendo las cátedras, ayudando á los criados, y llevando los libros á los señoritos ricos.

Yo volvía á casa por la noche, y al verme llorar de pena contemplando nuestra miseria, no llore vd., me decía, madre, que algun dia seré yo profesor en esa misma cátedra que me ha visto vd. barrer esta mañana.

Condesa.—Pobre muchacho!

Maria.—Andando el tiempo, su dulzura, su afabilidad y su gracia, le hicieron el niño mimado, de los estudiantes y de toda la universidad. Y un dia que el señor rector pasaba á su lado, se detuvo, y dándole una palmadita en la cara, cómo te llamas, muchacho? le dijo. El chico no perdió la serenidad; y con aquella voz que penetra hasta el corazon: me llamo Jorge Simon, le dijo, y tengo unas ganas de aprender....

Condesa.—Que oigo! Jorge Simon! Jorge Simon es su hijo de vd?

Maria.—Qué vd. le conoce?

Condesa.—Sí.

Maria.—De veras le conoce vd.? Le ha visto vd.? Ha hablado vd. con él? Vaya! Entónces dígame vd., dígame vd., qué le ha parecido....? No es verdad que es un mozo como un sol? No es verdad.... pero bah! Vd. no le conoce.... Vd. no puede conocerle. Qué me ha de decir vd. de él? Que es un real chico, que es muy amable, que tiene una cinta en el ojal, que es sabio, que será un personage y tal vez ministro, el mejor dia..... Todo eso no vale nada, nada, en comparacion de lo que él tiene.... aquí.... esa bondad,

ese cariño á su madre ignorante, tosca, palurda, y á quien quiere sin embargo tanto, como si fuera tan púlida y tan jóven, como su sobrina de vd. Bah! Bah! Ya no puedo aguantar mas; y voy á darle un abrazo. Conque adios.

Condesa.—Eh! Espere vd. un momento, ó no la dejo á vd. marchar.

Maria.—Perdone vd., pero me está esperando en Valencia y....

Condesa.—No está en Valencia.

Maria.—No? Pues en dónde está? Vd. lo sabe?

Condesa.—Sí, y se lo diré á vd. con la condicion, de que se ha de detener vd. aquí, hasta que la presente á vd. á mi sobrina.

Maria.—(*Accediendo con disgusto*). Pero me promete vd. que despues.....

Condesa.—La prometo que verá vd. á su hijo, antes de lo que pensaba.

ESCENA SEGUNDA.

Dichas, el Vizconde.

Vizconde.—Tia! Tia!

Condesa.—Qué ocurre, vizconde?

Vizconde.—Gran noticia! Ya he descubierto....

Condesa.—Qué?

Vizconde.—Qué! El marido de Luisa.

Condesa.—Cierto?

VIZCONDE.—Tóma! Como que le he visto, y vd. tambien! Si es el ingeniero de esta mañana!

CONDESA.—(*Estupefacta*). Cómo! El ingeniero....

MARIA.—Un ingeniero....

VIZCONDE.—El Sr. D. Jorge Simon.

CONDESA.—Simon!

MARIA.—Mi hijo?

VIZCONDE.—Eh! Su hijo! Quién es esta mujer?

MARIA.—Dios mio! Qué he oido? Será posible! Conque mi hijo es quien..... es decir el que.... y su novia es esa señorita.... su sobrina de vd., á quien ya queria yo sin conocerla.... Será cierto, Dios mio! Qué fortuna!

VIZCONDE.—Fortuna!

MARIA.—Para vdes. en primer lugar, porque su familia cuenta con una alhaja mas, y luego, para mí tambien, porque la señora condesa, ha estado tan buena, tan amable conmigo, que si se le parecen los demas parientes....Sí señor, hemos estado aquí hablando, como dos cotorras.... Como si nos conociéramos de toda la vida; no es verdad, señora condesa? Dios mío! Qué alegría! Venga, venga un abrazo: una vez que somos parientes....

VIZCONDE.—Bravo! Yo tambien soy de la familia. Conque venga otro abrazo.

MARIA.—Vd.: y vd. qué es mio?

VIZCONDE.—Yo debo ser sobrino, porque vd. tiene cara de tia.

MARIA.—De veras? Pues vaya! Allá vá? Ande vd. D. Purliflor, que otras peores habrá Vd....... Pero y mi Jorge? Dónde está?

VIZCONDE.—Mi primo; ahí cerca, en el jardin.

MARIA.—En el jardin. Voy corriendo. Agur, parienta! Adios sobrinillo! Ah! Ya le veo! Jorge! Hijo!

ESCENA TERCERA.

DICHOS, MENOS MARIA.

VIZCONDE.—(*Mirando por la puerta*). Ja! Ja! Magnífico reconocimiento! Abrazo! Madre mía! Hijo mío! Ja! Ja! Tableau! Pero qué es eso, tía, está vd. demudada!

CONDESA.—Es imposible. Su hijo, esposo de Luisa! Oh! No es cierto! No puede serlo!

VIZCONDE.—Pardiez! El escribano mismo me lo ha dicho.

CONDESA.—Repito que es imposible. Luisa no puede haberse resignado....

VIZCONDE.—A amarle? No. A casarse con él, sí. Siempre se resigna uno á casarse con 20,000 duros de renta. Esta noche se firman los contratos.

CONDESA.—Esta noche? Lo veremos! Voy ahora mismo á hablar con mi cuñada. Se trata del honor de la familia, y es preciso que me oiga, mal que le pese.

ESCENA CUARTA.

EL VIZCONDE.

Vaya vd., vaya vd. Por mas que vd. haga, Luisa se casará con el Sr. D. Jorge, á quien no le pesará...... Qué fortuna! Tropezar precisamente con el marido que yo necesitaba; un marido de encargo, un marido á quien no ama, y á quien detestará dentro de ocho dias. Ja! ja! no perdamos tiempo. Ah! Juanita!

ESCENA QUINTA.

VIZCONDE, JUANA.

JUANA.—Señorito?

VIZCONDE.—Dónde está Luisa?

JUANA.—Está acabando de vestirse.

VIZCONDE.—(Entonces no sabe nada todavía.) Escucha, Juanita. Creo que hace ya mucho tiempo que no te he dado nada.

JUANA.—En efecto, señor vizconde, y eso me anuncia que tiene vd. algo que pedirme.

VIZCONDE.—Es verdad. Y si yo me atreviera á rogarte que llevaras este papelito á quien indica el sobre...

JUANA.—A la señora Luisa? pero está vd. en su juicio, señorito? Escribir cartitas á una novia, el dia mismo en que va á casarse con otro?

VIZCONDE.—No, no te asustes, muchacha! pienso escribírselas tambien despues.

JUANA.—Despues? Vaya, vaya, esto es muy mal hecho y yo....

VIZCONDE.—Al contiario: este es el primer artículo del código de los primos.

JUANA.—Cómo?

VIZCONDE.—Artículo. El primo se introducirá clandestinamente en el cuarto de la prima, en el momento de ponerse el velo nupcial; se arrojará á sus piés con desesperacion y la jurará, con el tono mas melodramático que pueda encontrar, que se va á saltar la tapa de los sesos si se encamina á la iglesia. La muchacha se

encamina, y el primo no se salta nada; pero no importa. La imágen del jóven persigue á la inocente paloma por todas partes, la consume, la turba, la hace estremecerse y decir por lo bajo: Pobre primo! Al dia siguiente la frase cambia, y en vez de pobre primo, ya se puede decir: pobre marido!

JUANA.—Y eso es lo que contiene esta cartita?

VIZCONDE.—Sobre poco mas ó menos.

JUANA.—Pues no se la daré.

VIZCONDE.—Apostemos á que sí.

JUANA.—No, no.

VIZCONDE.—Es que tú no sabes lo que dice la postdata.

JUANA.—Ya lo presumo.

VIZCONDE.—No. La postdata dice, si Juana es la portadora de la epístola, Juana recibirá ocho doblones al contado.

JUANA.—Ah! dice eso?

VIZCONDE—(*dándole un bolsillo*). Míralo tú misma!

JUANA.—Entonces...... es diferente. Vd. perdone, señorito; como yo no habia leido..... pero me dá una lástima el pobre marido.

VIZCONDE.—No tengas cuidado; ya lo sabe.

JUANA.—Cómo!

VIZCONDE.—Sí; le he dicho que amaba á su muger, y que pensaba hacerla la corte. Ya ves, estas son consideraciones que se deben guardar entre parientes.

JUANA.—Y él?

VIZCONDE.—Nada; me oyó tan fresco, sin comprender.... Es un pazguato!

JUANA.—Sin embargo, no tiene cara de tonto.

VIZCONDE.—Phc, no lo será; pero es plebeyo, hombre de poco mundo, y esos entes, por mas que hagan, han nacido..... para maridos.

JUANA.—Maridos?

VIZCONDE.—Yo me entiendo. Anda! anda! lleva mi carta y cuenta con mi agradecimiento para lo sucesivo. (*Váse*).

ESCENA SESTA.

JUANA, Á POCO JORGE.

JUANA.—Mas me gusta el otro que éste, y sin embargo......

JORGE.—Magnífico! (Ahora entro yo). Véamos si consigo...... Hola! Juanita! estabas aquí? me alegro de verte. Tenia que hablarte.

JUANA.—Señorito......

JORGE.—Dime, Juanita, has estado alguna (*sentándose*) vez en el teatro?

JUANA.—Sí, señor; muchas. Cuando servia en Valencia, todos los domingos por la tarde, ya se sabia.... pues poquito me gusta á mí el teatro.

JORGE.—Y te acuerdas de las comedias que representaban?

JUANA.—Vaya, si me acuerdo!

JORGE.—Conque te acuerdas, eh? Entonces observarías que en casi todas ellas figuraban siempre cuatro personas con distintos nombres. Una mujer que no quiere á su marido; un marido muy bonachon que no lo sospecha; un amante jóyen, guapo, de bigote retorcido, militar ó vizconde, generalmente vizconde......

JUANA.—Es cierto.

Jorge.—Y ademas, una criada, doncella ó camarera, ladina y astuta. Y no recuerdas qué es lo que ordinariamente pasa entre la doncella y el vizconde?

Juana.—Yo? no, señor.

Jorge.—Sí. El vizconde, figúrate que soy yo, se acerca á la muchacha, supongamos que eres tú, con una cartita en una mano y un bolsillo en la otra...... Y la muchacha (*Juana mete las manos en los bolsillos del delatal*). Eso es..... perfectamente, la muchacha oculta cuidadosamente ambas cosas en los bolsillos de su delantal, para que el marido no las vea. Ves come te acordabas perfectamente? Cuando yo te decia....

Juana.—(Dios mio! soy perdida!)

Jorge.—Pues bien, Juanita; para eso queria hallarte. Yo pienso escribir una comedia y me ha ocurrido inventar una cosa que creo ha de producir buen efecto. En vez de buscar una criada que sea la confidente del amante, como sucede en todas esas comedias que tú has visto, yo pienso hacerla confidente del marido; de ese pobre marido á quien todo el mundo abandona, y á quien será mas justo proteger. Qué te parece á tí de esta invencion?

Juana.—Yo.... señorito....

Jorge.—Desde luego el papel de la criada gana mucho en este cambio.... No corre el riesgo de ser despedida ignominiosamente de la casa...... lejos de eso se hace acreedora con su conducta honrada y leal á la recompensa del marido.

Juana.—Señorito....

Jorge.—Y ademas, su posicion es agradable y divertida.—Figúrate, burlarse del burlador, vencer al victorioso, reir á espensas del que creia reirse de los demas... Qué dices de esto?

JUANA.—Digo, señorito, que es vd. el hombre mas bondadoso del mundo, y yo soy una infame, una ingrata, á quien debia vd. despedir de una casa en que.... Tome vd. la carta,

JORGE.—Bien, Juanita. Este billete será una declaracion de amor?

JUANA.—Creo que sí.

JORGE.—Entonces no necesito leerle para responder.

JUANA.—Cómo!

JORGE.—Sí: voy á escribir.

JUANA.—A quién?

JORGE.—Al vizconde. Seria una impolítica no contestarle.

JUANA.—Dios mio! Para desafiarle quizás?

JORGE.—No; las mujeres no se baten.

JUANA.—No entiendo.

JORGE.—Mira (*enseñándole la carta*). Si me amas..... silencio.

JUANA.—Pero qué, vd. escribe por la señorita? La sustituye vd. con el primo?

JORGE.—Qué he de hacer? Él quiere sustituirme á mí con la prima. Anda ve á buscarle, entrégale este papel y cuidado con la fidelidad.

JUANA.—Oh! descuide vd., ya estoy corregida de mi falta.—Voy corriendo.—Ah! dígame vd. si por casualidad me ofrece algo...... qué hago?

JORGE.—Tomarlo; en eso no hay mal ninguno; al contrario, si rehusaras, podria sospechar......

JUANA.—Tiene vd. razon.—(Qué guapo es).

ESCENA SÉTIMA.

JORGE; Á POCO MARIA.

JORGE.—Pues señor, el proyecto ha empezado bien; ya tenemos un enemigo fuera de combate.

MARIA—(*saliendo muy agitada*). Jorge! Jorge! te buscaba, hijo. Sabes lo que pasa?

JORGE.—Qué pasa, madre mia?

MARIA.—Sabes que toda esa familia te acusa de hahaberla engañado?

JORGE.—Ya lo sé; pero tranquilízate.

MARIA.—Que me tranquilice? De eso estoy tratando hace una hora, y buen trabajo me ha costado contenerme, cuando oí á la Condesa decir que yo no podia ser parienta suya. Por poco suelto una...... no, no; no la solté; tú me habias dicho que tuviera prudencia.... y.... Pero á poco rato les oí á todos gritar á voz en cuello que no admitirian nunca en su familia al hijo de una palurda, de una chalana. Chalána! chalana, porque les compro sus bestias en doble de lo que valen! Y qué son ellos? acaso los condes y los marqueses no venden sus caballos y sus mulas? No ha vendido aquí en esta misma sala la señora Condesa.... y á qué precio! Oh! no sé cómo he podido contenerme para...... no, no; tú me habias dicho que tuviera prudencia, y me la tragué...... pero la que queda es mas gorda. Sabes lo que acabo de oir por boca de ese viejo seco y arrugado?

JORGE.—El marqués de Fuenfria?

MARIA.—No sé; uno que no habla mas que de la nobleza y los pergaminos...... pergaminos! qué mas pergamino que él?.

JORGE.—Vamos! cálmate; es un hombre de talento. Ha escrito una obra.

MARIA.—Y á mí qué me importa su obra ni su talento?—Sabes lo que me han dicho? Lo sabes? Que ya no hay nada de boda, que se ha desbaratado, que nunca consentirian en que tú...... Oh! Ya no he podido resistir mas y vengo...... Desprecian un marido como este! Con esos ojos, y ese talle, y esa cara?...... Que me busquen uno igual entre toda esa cáfila de señorones! Qué entecos y espiritados! No! no! esto me desespera, me en rabia...... Su raza! Siempre están hablando de su raza! Pues bueno, que la crucen; es el modo de sacar buenas crias. Yo lo entiendo.

JORGE.—Pero escúcheme vd., madre. Qué importa que toda esa noble familia me rechace, me desprecie, si Luisa me acepta?......

MARIA.—Qué dices?

JORGE.—Sí, tengo la esperanza...... va á venir; la aguardo...... se lo confesaré todo y quién sabe si mi amor, si mi ternura triunfarán de las preocupaciones de su clase, de su familia! Si lo contrario sucediere, seria muy desgraciado, porque la amo con toda mi alma.

MARIA.—Pobre hijo mio!

JORGE.—Siento pasos... ella debe ser... ella es!...

MARIA.—Ella! Déjame que la vea un momento (*acercándose á la puerta*). Oh! Qué hermosa es! Sí; es casi tan guapa como...... no, no; vale él cien veces mas. Vamos, hijo (*arreglándole el pelo y la corbata*); vamos, ánimo, valor; háblala como tú sabes..... con ese tono, ese acento.... Estás? y de fijo.... Cómo ha de ser tan tonta que... Ah! si yo estuviese en su lugar... Vaya; adios, adios..... firmeza, y acuérdate de quien eres.

ESCENA OCTAVA.

JORGE, LUISA.

JORGE.—Llegó el momento! Valor!

LUISA.—Jorge! Jorge! qué tiene vd.? Le encuentro distraido, triste. Acaso no le gusta á vd. mi trage? Dígamelo vd., y me iré á poner otro al momento.

JORGE.—No, Luisa; tengo que hablar á vd. de cosas muy graves, y necesito de toda mi voluntad, de toda mi energía, para vencer los temores que me asaltan en este momento.

LUISA.—Temores? Puedo yo disiparlos? Hable vd.

JORGE.—Luisa, perdóneme vd. si mis palabras ofenden tal vez su tierno corazon; pero á pesar mio, á pesar de las pruebas que he merecido á vd. de su puro cariño, temo...... temo que vd. no me ama como yo la amo á vd.

LUISA.—Ingrato! Y eso es lo que le atormenta á vd. hoy? En el dia mismo en que voy á ser suya para siempre?

JORGE.—Oh! no me culpe vd., Luisa. Cuando se ama como yo amo, se tienen zelos de todo. Se llega á temer que la imaginacion haya fascinado á la persona que amamos, y arrastrada por las preocupaciones sociales, por las conveniencias del mundo, haya confundido el amor con la vanidad, haya consagrado su cariño á un título, á un nombre brillante, mas bien que á la persona que quisiera.

LUISA.—Qué dice vd.?

JORGE.—Sí, Luisa; mas de una vez nos engañamos en nuestros propios afectos.... mas de una vez......

Esta mañana mismo he sabido el rompimiento de un enlace que prueba cuán fundados son los temores que abrigo. Vd. conoce á Angelita de Peralta? Sabe vd. su proyectada boda con D. Cárlos de Ribera, á quien amaba tiernamente? Pues bien; el dia mismo de verificarse, fué despedido de la casa por haber descubierto que no era como creian, el baron D. Cárlos de Ribera, sino simplemente D. Cárlos de Ribera, ingeniero.

Luisa.—Ingeniero?

Jorge.—Sí. Aprueba vd. la conducta de la Sra. de Peralta?

Luisa—(*sencillamente*). Seguramente. Un matrimonio entre personas que no pertenecen á la misma clase, no puede ser feliz.

Jorge.—Esa es la objecion de vd.? Es decir que vd. cree en la diferencia de cunas, en la desigualdad de condiciones......

Luisa—(*idem*). Qué quiere vd., amigo mio? esas son las ideas que he adquirido en mi infancia y fortalecido con la razon. No me acuse vd. de orgullosa; pero, no cree vd. justo y santo conservar inmaculado, sin mancha, el nombre glorioso que nuestros antepasados legaron á los siglos con sus heróicos hechos?

Jorge.—Sin duda; pero......

Luisa.—Si una jóven de familia noble es demasiado pobre para casarse con una persona de su clase, debe renunciar para siempre al amor, debe preferir una vida pobre y oscura á un matrimonio desigual.

Jorge.—Y si fuese amada como vd., Luisa?..... y si ella amase á un hombre como vd. me amaba á mí... hace tres meses, cuando delirante de amor caí á sus plantas por la primera vez......

LUISA.—Jorge!......

JORGE.—Si entonces hubiera á vd. dicho: Luisa, yo soy el hombre honrado que vd. ha hecho feliz con su cariño; pero la clase de vd. no es la mia, mi nacimiento no es igual al de vd ..... yo no soy el conde de Torre-Hermosa, no soy mas que Jorge...... qué hubiera vd. hecho?

LUISA.—Yo?

JORGE.—Sí: responda vd.; qué hubiera vd. hecho?

LUISA.—Pero, Dios mio! por qué me hace vd. esas preguntas?

JORGE.—Responda vd.; responda vd. en nombre del cielo!

LUISA.—No; no, Jorge! por qué atormentarnos con temores imaginarios? por qué hacerme vacilar entre mi cariño y mi deber?

JORGE.—Ya lo sabe vd., Luisa; porque quiero saber si vd. me ama como yo la amo á vd.; por vd. misma, por vd. sola.... Oh! Hable vd. Si yo fuera ese Ribera y vd. Angela...... si vd. me viese á sus piés, suplicando, sollozando, escucharia vd. la voz de su orgullo ó la de su corazon? me tendería vd. su mano cariñosa ó me arrojaría con desden de su presencia?

LUISA.—Cielos! Qué tiene vd., amigo mio? lágrimas?...... Jorge! Jorge! qué significa esto?

JORGE.—Oh, Luisa! Significa que todo es cierto; que esas suposiciones son exactas. Significa que yo no soy el noble conde de Torre-Hermosa, sino el plebeyo Jorge Simon, que morirá de pena á esas plantas, si vd. no tiene piedad de él.

LUISA.—Dios mio! Qué dice vd.?

ESCENA NOVENA.

DICHOS, LA CONDESA CON UNAS CARTAS.

CONDESA.—La verdad, Luisa.

LUISA.—Oh! Tia mia!

CONDESA.—Sí. Tu tia, que viene aquí en nombre de tu madre para salvarte.... y tal vez á vd. tambien.

LUISA.—Cómo!

CONDESA.—Sí, en nombre de toda tu noble familia, vengo á suplicarte, que rompas un casamiento que te perdería para siempre.

LUISA.—Dios mio!

CONDESA.—En primer lugar, toma: hé ahí lo que te escribe tu venerable tutor el marqués de Fuenfria "Hija mia: Tú, eres pobre, y tu amante Jorge Simon es rico. Si le das tu mano, mañaña dirá el mundo que has vendido tu nombre por dinero."

LUISA.—Yo! Vender mi nombre!

JORGE.—Ah! No hay esperanza!

CONDESA.—Así opina tambien toda tu familia; y yo vengo á pedirte en nombre de ellos, que no deshonres tu familia con un enlace degradante.

JORGE.—Degradante?

CONDESA.—Perdone vd. caballero, si mis palabras le ofenden; yo debo desempeñar el encargo que mi familia me ha dado, por mas que no participe de sus ideas, con respecto á vd. Hasta tal punto aprecio y considero las cualidades que á vd. adornan, que vengo á proponer á vd., un medio de poder realizar esta union á pesar de tantos obstáculos.

Luisa.—Un medio?

Jorge.—Qué dice vd?

Condesa.—La madre de Luisa, es quien me ha suplicado que dé este paso, y solo por el cariño que la profeso, y la estimacion que vd. me debe, he consentido en encargarme de ésta comision.

Jorge.—Y qué medio.....?

Luisa.—Hable vd. tia.

Condesa.—Déjame á solas con éste caballero. Retírate un momento.

Luisa.—Cielos! Qué le dirá?

ESCENA DÉCIMA.

Dichos, menos Luisa.

Condesa.—Sr. D. Jorge, he querido ver á vd. sin testigos porque de ésta entrevista depende quizá la felicidad de Luisa y la de vd. tambien. Vd. no ignora que la sociedad en que vivimos, tiene sus leyes y sus usos, y admitidos y sancionados por la costumbre; vd. no ignora que en virtud de estas mismas leyes, la mujer al tomar un esposo, adquiere por el mismo hecho con el nombre de su marido, las prerogativas que son inherentes á este nombre, y encarnándose por decirlo así, en la condicion social de su esposo, entra á participar con él, de las ventajas ó contras que su estado la proporciona. Cada dia vemos ejemplos de mugeres salidas del pueblo ó de la clase media, de repente elevadas á la gerarquía mas ilustre de la sociedad, en virtud de su casamiento con una persona que pertenece á aquella clase. Y por el contrario, mugeres de nacimiento esclarecido, contrayendo enlace con personas de rango inferior al

suyo. Las primeras entran á gozar de los privilegios que su estado las concede, y son admitidas y respetadas, del mundo en que han aparecido: porque el nombre de su marido es el suyo. Las segundas por el contrario, se ven precisadas á alejarse del círculo que les es propio, para pertenecer al en que ha nacido su esposo. La plebeya de ayer, puede ostentar corona y blasones en los soirés del gran mundo, al dar su mano á un duque ó un marqués. La heredera de veinte cuarteles, los mancha al unirse á un comerciante industrial. No puede conservar mas relaciones, que las de la bolsa ó el mostrador. Ahora bien, amigo mio: la suerte no ha querido dar á vd. la misma cuna que á mi sobrina, y por desgracia para todos, Luisa al pertenecer á vd., se vería precisada á descender de su clase, á separarse de su familia; Luisa pues, no puede ser esposa del ingeniero D. Jorge Simon.

JORGE.—Qué oigo! Entónces cuál era el medio de que vd. me hablaba?

CONDESA.—No lo ha adivinado vd.?

JORGE.—No comprendo....

CONDESA.—Su madre de vd. le ha comprado una hacienda, y el título que la está unido; por qué no acepta el título, y lleva vd. un nombre que le pertenece ya, legítimamente?

JORGE.—Yo, llevar un título que no es mio?

CONDESA.—Es de vd., puesto que le ha comprado.

JORGE.—Dejar el apellido de mi padre? Jamás!

CONDESA.—Se olvida vd. de Luisa? Y es vd. quien tal vez nos acusa de altaneros? Vd. que tiene tanto orgullo como nosotros en llevar el nombre de su padre?

JORGE.—Pero considere vd. señora lo que de mí exige. Quiere vd. que me presente á los ojos del mundo, de

ese mundo cuyo aprecio he conquistado á fuerza de honradez y trabajo, adornado como el cuerbo de la fábula, con galas ridículas, yo, que he cifrado mi anhelo en deberme lo que soy, lo que seré quizá algun dia á mí mismo, quiere vd. que imitando á esos imbéciles agiotistas, á esos especuladores afortunados á quienes un capricho de la suerte ha hecho ricos, á costa quizá, del honor y la delicadeza; y ocultan su nombre cubierto de fango, bajo el oropel de un título que no han merecido. Quiere vd. que abandonando la clase en que he nacido, la que me ha elevado, la que me prepara un puesto quizás mas elevado del que merezco, mendigue un rincon oscuro y aislado entre esa sociedad á que no pertenezco, que se avergonzará tal vez de contarme en su seno. Oh! No! Nunca! Aun cuando debiera sacrificar todo el porvenir de mi vida, seré fiel á las ideas que me han nutrido desde mi infancia; respeto á la nobleza demasiado para comprarla y tengo en mucho al pueblo para venderle.

Condesa.—Esa es la última resolucion de vd.?

Jorge.—Sí, señora.

Condesa.—Entónces tengo el disgusto de despedirme de vd. para siempre. Este era el único medio de arreglar este asunto. Vd. se niega á acceder á la peticion de la madre de Luisa, y yo en su nombre recojo su palabra. Adios caballero. Adios.

ESCENA UNDÉCIMA.

Jorge.

(*Despues de un momento de pausa*).

Pues bien! Se casará conmigo; será mi mujer á pesar de su madre, de su tia, del mundo entero! Ah! señora

condesa, cree vd. que yo, cuya vida ha sido un combate perpétuo; yo que he luchado veinte años contra el dolor y la miseria, abandonaria sin defenderlo lo que mas amo en la tierra! Oh! no; mil veces no! Qué dirian mis hermanos los plebeyos? Ellos, que tanto han combatido y combaten para conquistar sus derechos, sus franquicias? Yo les imitaré; combatiré como ellos han combatido; conquistaré á mi mujer, y cuando la haya conquistado...... veremos quién se atreve á disputarme su conquista.

ESCENA DUODÉCIMA.

Dicho y Maria.

Maria.—Qué hay, hijo mio? Qué hay? Qué te ha dicho la Condesa?

Jorge.—Qué me ha dicho? Que mi nombre era demasiado vulgar para unirse á sus gloriosos blasones.

Maria.—Vulgar? Yo les probaré que es mas considerado, mas poderoso que el suyo.

Jorge.—Cómo?

Maria.—Deja, deja; eso corre de mi cuenta; pero y tú, qué vas á hácer?

Jorge.—Voy á presentarme á esa familia que me desprecia, á esa marquesa que escribe á Luisa que mi alianza es un borron infamante y les probaré......

Maria.—Que eres pariente suyo, pariente lejano, por lo cual no necesitas dispensa. No me has dicho tú muchas veces que sus antepasados fabricaban palacios y torres para sus hijos? Tú fabricas hospicios, hospitales para los pobres; no me has dicho que sus abuelos hacian castillos y puentes levadizos para librarse de los ataques

de los pecheros, que reclamaban sus derechos y su justicia? Tú haces canales y caminos para que puedan vindicarlos donde quiera que se les nieguen. No alcanzaban ellos sus títulos, concurriendo con sus ejércitos de soldados á la defensa de sus reyes y á la conquista de sus reinos? Tú alcanzarás los tuyos conduciendo tus ejércitos de trabajadores á la defensa de la humanidad y á la conquista de la civilizacion. Ellos ostentaban en sus pendones una horca y un cuchillo en señal de la nobleza de su sangre; tú ostentarás en los tuyos una oliva y una palma, en muestra de las de tu corazon.

JORGE.—Oh! madre, madre mia!

MARIA.—Que vengan á decirte que no eres tan noble como ellos! Ea! ea! á trabajar; tú á tu negocio, yo al mio. Adios, hijo, me voy á Valencia!

JORGE.—A Valencia?

MARIA.—Sí: tengo un capricho..... ya lo sabrás...

JORGE.—Pero no me dice vd.?....

MARIA:—Nada, nada; adios, y valor, Jorge! acuérdate de quien eres...... y que antes de dos años quiero que seas ministro.

JORGE.—Ministro! (*riendo*)

MARIA.—Ministro! Quiero que tengas escelencia..... y la tendrás.—Adios. Dentro de poco volverás á ver á mi escelencia, la madre de tu escelencia.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

La Condesa, Luisa, el Marqués entrando por el foro con Juana.

JUANA.—Aquí están las señoras.

MARQUES.—(*Dándola un rollo de papeles que trae en la mano*). Está bien: lleva esos papeles á la biblioteca. Y si viene álguien á preguntar por mí, avísame al momento. Anda (*á la condesa*). Vamos qué ha sucedido? Ese matrimonio....?

CONDESA.—Desecho. Se ha negado á todo.

MARQUES.—Negado!! Es posible? Con que cuando se le hacia el honor de admitirle en nuestra familia, con sola la condicion de que dejase su nombre ese miserable....!

Luisa.—Ha reusado tio mío?

Marques.—Rehusado! Ah! Pero esto es horrible, y tú estarás indignada!

Luisa.—Sé que lo estoy.... y sin embargo, no debia ofenderme, porque al fin rehusando, se ha conducido como un hombre honrado.

Marques.—Qué es lo que dices muchacha?

Luisa.—La verdad, tio! Despreciar un hombre pomposo, pero comprado; no querer dejar el de su padre oscuro y vulgar, pero sin mancha; y antes que consentir en lo que él mira como una bajeza, renunciar á la que ama; porque me ama, tio mio, no puedo dudarlo; Oh! si hubiese vd. oido con qué acento me decía que moriría si me llegase á perder. Si hubiese vd. visto aquel rostro pálido y demudado, aquellos ojos llenos de lágrimas.... no dudaría vd. de su amor, como yo no dudo! Y á pesar de ésto, me deja.... me deja voluntariamente, y para siempre! Nó es digno del título de honrado el hombre que de tal manera se sacrifica por cumplir con su deder....?

Marques.—Deber? Y llamas deber á semejante conducta? Y todavía tomas la defensa de un hombre que queria que te llamasen la *señora de Simon?*

Luisa.—Oh! sí, sí, tiene vd. razon; yo no le defiendo, no quiero defenderle; no quiero pensar mas en él; y para conseguirlo, vengan vdes. en mi ayuda, díganme que su negativa ha sido un ultraje, y si vierto algunas lágrimas á pesar mio, que sean lágrimas de indignacion, no de dolor! (*Llorando*).

Marques.—Dolor!..... Lágrimas!..... Ah!..... bueno estaria! y por quién! Por el hijo de una campesina que...... Yo no le conozco; pero de seguro! co-

mo si le estuviera viendo, será un hombre rústico, grosero......

Condesa—(*aparte al marqués*). Lo está vd. echando á perder!

Marques—(*idem*).—Eh? cómo?

Condesa—(*idem*).—Sí, es un jóven atento, finísimo.

Marques—(*alto*).—De carácter arrebatado!....

Luisa.—Sí, es la bondad misma!

Marquez.—Bien; eso es lo que parece; pero sabe Dios si encubrirá todos los vicios bajo una máscara bondadosa y leal. Los hombres!...... apostaría á que es jugador, duelista, enamorado......

Luisa.—De mí, estoy segura; de otras, no sé, pero no lo creo.

Marques.—Entonces, sobrina mia, si ese hombre no tiene ningun defecto, qué diablos quieres que yo haga? No me queda otro recurso para consolarte, que ponerme á llorar contigo.

Luisa.—No es verdad que soy muy desgraciada? porque, se lo confiaré á vd., mi querido tio; su imágen no se aparta un momento de mi memoria; todos mis esfuerzos son inútiles; yo tambien, como vd., he querido pintarle lleno de defectos, de vicios, desprovisto de esas cualidades que en nuestra sociedad...... y lejos de eso, en otros veo...... pero, me esplicará vd. este misterio?—En qué consiste que él, hijo de una campesina, es tan noble, tan sincero, tan elegante, mientras que vemos todos los dias, barones, condes, y hasta duques, que son...... es decir, que no son......

Marques.—Que no son tan nobles, tan elegantes y tan caballeros como él? Eso consiste en las malditas revoluciones, que todo lo han confundido! Ya no nos

conocemos. A lo mejor me encuentro con un escelentísimo señor que era mi zapatero hace cuatro años, mientras que muchos verdaderos escelencias se ven hoy obligados á remendarse sus zapatos! Ya no hay gerarquías; es decir, queda una, la del honor! Conque así, hija mia, enjuga tus lágrimas, valor......

Luisa.—Ya lo tengo.

Condesa—(*aparte*). No mucho.

Marques.—Nos consolaremos haciendo bien; á propósito, sabes ya que ese pobre pueblo de Villa-rasa ha sido devastado por una inundacion?

Luisa..—Por el que ha dirigido vd. una peticion al gobierno?

Marques.—He hecho mas que eso. He añadido á la peticion dos proyectos que le preservarán para en adelante de tan horrible calamidad...... Un dique, y un gran canal de derivacion. Ya comprendes que cuando el gobierno vea mi firma al pié de los planos, los aceptará sin vacilar; qué digo, los habrá aceptado ya, porque de un momento á otro espero su resolucion.

ESCENA SEGUNDA.

Dichos, Juana.

Juana.—Una carta para el señor marqués, de parte del alcalde de Villa-rasa.

—Marques.—Dame! dame! (*abriéndola*), habrá recibido la contestacion del ministerio.... le habia rogado que me escribiese en seguida... toma, Luisa, lee tú... y.... pierde cuidado, que ya te encontraremos un marido.

Luisa—(*leyendo*). "Señor marqués, nos hemos salvado!....."

Marques.—No te lo decia! Oh! abrázame!

Luisa—(*leyendo*). "La peticion de vd. ha sido rechazada.

Marques.—Heim!

Luisa—(*leyendo*). "El proyecto de canal, desechado....

Marques.—Qué!!

Luisa—(*leyendo*). "El dique declarado imposible...

Marques.—Cómo!!

Luisa—(*leyendo*). "Pero en cambio el gobierno nos hace el mayor bien que podiamos desear, y nos salva positivamente, pues nombra, para que proponga los medios de librarnos de tan terrible azote, al mejor de nuestros ingenieros, á la gloria de la ciencia y de nuestro país, al Sr. D. Jorge Simon."

Marques.—Condesa.—Cómo!

Luisa.—Oh! ese nombre que me hacia ruborizar!...

Marques—(*cogiendo el pliego*).—No es posible! no creeré jamas que lo que me han negado á mí, al marqués de Fuenfria, se le conceda á un cualquiera, á un Jorge Simon......

Luisa.—Pero, tio mio, cómo se esplica que ese nombre sea tan conocido, tan respetado?......

Marques.—Cómo se esplica... cómo se esplica... por sí solo; porque el vulgo lo invade todo, y nosotros, los nobles, nos dejamos invadir; porque el vulgo trabaja, y la nobleza no hace nada; porque nuestros jóvenes, en lugar de buscar como yo, la manera de conservar nuestra influencia y nuestro prestigio, por medio de servicios importantes al país, se imaginan, como el vizcon-

de, que la ocupacion de un caballero no debe ser otra que jugar, fumar, cazar y cuando mas aprender á guiar caballos desde el pescante!

ESCENA TERCERA.

DICHOS, JUANA.

JUANA.—Señor marques!

MARQUES.—Qué diablos quieres?

JUANA.—Un caballero que llega de Valencia, y dice que trae noticia del ingeniero que V. E. mandó llamar.

MARQUES.—Ah! voy al momento. Traeme los papeles que te dí antes. Aun me resta una esperanza.

LUISA.—Cuál?

MARQUES.—Este ingeniero: él me comprenderá, él... voy corriendo....

CONDESA.—Bien; hasta luego, señor marqués. Ven, Luisa.

LUISA—(*aparte al marchar*). Ese nombre es mas poderoso que el nuestro....

MARQUES—(*á Juana que trae los papeles*).—Estos son, corramos....

ESCENA CUARTA.

EL MARQUES Y JORGE.

JORGE.—Un momento, caballero.

MARQUES.—Eh? (*deteniéndose*).

JORGE.—No es al Sr. marqués de Fuenfria á quien tengo el honor de hablar?

MARQUES.—Sí, señor; al marqués, que ruega á vd. que le dispense, porque le está esperando una persona...

JORGE.—Un ingeniero? Es inútil que vd. se moleste. Soy yo.

MARQUES.—Vd.?

JORGE.—Yo mismo.

MARQUES.—Ah! vd. es?..... Me alegro mucho; le he hecho á vd. llamar para mostrarle los planos que he formado.... En mi carta le enteraba á vd......

JORGE.—Con efecto.

MARQUES.—Pues bien; va vd. á ver un tesoro, un verdadero tesoro!......

JORGE.—Bien, caballero, veamos!

MARQUES—(*enseñando los papeles y aparte*).—Oh! estoy seguro de que este hombre me hará justicia....

JORGE.—(*recorriéndolos con la vista*).—Sí. Bien.... escelente.....

MARQUES—(*con satisfaccion*).—Y qué tal?

JORGE.—Estos planos son ingeniosos, profundos!.... pero ya los conocia.

MARQUES.—Vd.?

JORGE.—Sí: hace algunos años que los encontré....

MARQUES.—Encontrado! Encontrado mis planos! y dónde?

JORGE.—En una obra.... y magnifica á fé mia; en el *Tratado de las riquezas del oriente de España.*

MARQUEZ—(*alegre*).—Publicado en Barcelona?

JORGE.—Sí.

MARQUES.—En 1820?

JORGE.—Sí.

Marques.—Anónimo?

Jorge.—Justo.

Marques—(*con satisfaccion*).—Ah! Era mi primera edicion (*alto*). Y bien, señor ingeniero; eso se esplica muy fácilmente. Esa obra, es mia.

Jorge.—Eso es precisamente lo que iba á decir, porque lo sabia, si el señor marqués me hubiera dejado acabar.

Marques.—Si; tiene vd. razon! Esta cabeza mia.... Conque es decir, que esa obra le ha parecido á vd.....

Jorge.—Verdaderamente, señor marqués, no me atrevo á hacer de ella todos los elogios que merece, por miedo de ofender su modestia.

Marques.—No, no; nada de eso: diga vd., diga vd. sin temor; por buena que sea su opinion respecto de la obra, siempre será nada en comparacion de la mia propia.

Jorge.—Y tiene vd. motivo para envanecerse. En ella he visto los grandes servicios que los marqueses de Fuenfria han hecho en todos tiempos á esta provincia, lo importante y considerado que ha sido aquí su nombre.

Marques.—Y esa importancia precisamente, es la que yo quiero conservar. Para conseguirlo, es para lo que reclamo su cooperacion de vd.—Aliémonos, efectuemos la union de la nobleza con el talento, de la....

Jorge.—Cuidado, señor marqués, cuidado! semejantes alianzas pueden comprometer á un gran señor como vd.

Marques.—Bah! acaso soy yo presuntuoso? Ya casi todos somos iguales.

Jorge.—Sin embargo, conozco todavía muchas gen-

tes que se desdeñan de tratar íntimamente, de *unirse* á lo que llaman plebe.

Marques.—Estacionarios!...... Retrógrados! No me haga vd. el disfavor de confundirme con esas almas mezquinas, señor de.... cómo es su gracia de vd.?

Jorge—(*con aplomo*). Jorge Simon.

Marques.—Simon! Cómo! El que..... mi...... vd.!......

Jorge.—Yo.

Marques.—Vd.! á quien yo......

Jorge.—A quien el señor marqués ha rehusado su sobrina. Vamos; parece que mi nombre ha enfriado algun tanto ese entusiasmo liberal. Se convence vd., señor marqués, de que aun no somos todos iguales? Bah! pero no hay motivo tampoco para incomodarnos. Vd. reclama mi auxilio, y yo he venido á concedérselo. Conque volvamos á nuestros planos.

Marques.—Cómo! consentiria vd. en....

Jorge.—En todo; y por qué no? El que no haya vd. querido ser mi tio, podrá ser nunca una razon para que yo me niegue á unir mis esfuerzos á los suyos en provecho de la humanidad? Vd. y yo tenemos un mismo pensamiento: arrancar á los infelices moradores de estas campiñas á la miseria, á la destruccion, al hambre. Pues bien, asociémonos. Vd. tiene ideas, me las prestará; yo tengo esperiencia, vd. se servirá dé ella cuando guste, y apoyados el uno en el otro, podremos tal vez ser útiles á nuestros semejantes.

Marques—(*aparte*). Tiene corazon este jóven (*alto*). Caballero, veo que le habia juzgado mal; y esta mañana, en una carta, que á propósito de vd. escribí, me espresé en unos términos que ya deploro, porque seguramente no es vd. acreedor á ellos.

JORGE—Oh! Señor marqués, no hablemos de eso. Puedo olvidar las ofensas que en ella hace vd. á mi persona, pero no podría perdonar lo ridículo de sus razones.

MARQUES.—Ridículo?

JORGE.—Seguramente. Decir en 1840, que la alianza de un hombre de corazon y de talento es un deshonor.....!

MARQUES.—Pero....

JORGE.—Un deshonor....! Por ventura si la primitiva nobleza, era el mito de la antigua España, nosotros, los hombres de la ciencia y del saber, no somos los caballeros de la nueva? Sus padres de vdes. conquistáron este suelo con la espada, nosotros lo conquistamos hoy con el compás. Los nobles defendían á los oprimidos, rechazaban las invasiones, esterminaban los malhechores; nosotros combatimos enemigos mas terribles, las inundaciones, los incendios, las pestes; nosotros obligamos á la poderosa naturaleza, á servirnos como una esclava. A ella que hasta hoy zojuzgaba al hombre como un déspota. Cuál es mas noble que nosotros?

MARQUES.—(*Con altivez*). Señor ingeniero!

JORGE.—(*Friamente*). Ingeniero.....! Por ventura el señor marqués no aspira á serlo? Por ventura si vdes. fundan su orgullo en sus títulos, no puedo yo fundar el mio en la ciencia? Convengamos señor marqués, en que es difícil asegurar cual estará mejor cimentado. Pero lo que sí puedo decir á vd. es, que este orgullo es el que me dictará mi venganza.

MARQUES.—Venganza?

JORGE.—Sí, mi venganza. Oh! Vdes. pueden arrancarme á Luisa, privarme de hacerla dichosa, pero no podrán impedirme tener una parte en su felicidad. La

gloria de su nombre se apaga en esta provincia; yo soy quien la hará revivir: yo continuaré las grandes mejoras que sus abuelos iniciaron, inscribiré su nombre sobre mis propias obras, para que Luisa sea glorificada por todas partes, bendecida por todos; para que diga al verse tan adorada, tan respetada. Oh! Todo esto es obra suya; él me sacrifica su gloria, su orgullo: oh! Nadie ha amado jamás como él. Adios señor marqués.

Marques.—Un momento, caballero.

Jorge.—Qué me quiere vd?

Marques.—Quiero.... Quiero que no piense vd. que por ser marqués no tengo nada aquí, y que la pintura de un amor tan puro, tan noble.... me....(*con cólera*). Pero y porqué demonios ama vd. á mi sobrina! Quién le obligó á vd. á conocerla, para enamorarse tan locamente de una jóven que no puede ser su esposa.... porque al fin, ese matrimonio es imposible.... disparatado.... y....

Jorge.—Deshonroso. Dígalo vd. como lo decia en su carta.

Marques.—Mi carta! Mi carta.... Sabe vd. lo que hubiese hecho con ella, si en el momento de acabarla, le hubiese á vd. visto, le hubiese oido, como ahora le oigo? Enviarla á todos los diablos, y decir al que la habia escrito....

Jorge.—Qué?

Marques.—Nada, nada; soy un loco: déjeme vd.

Jorge.—En nombre del cielo. Qué hubiera vd. dicho....?

Marques.—Déjeme vd. (*queriendo huir*).

Jorge.—Por mi amor, por Luisa....!

Marques.—Luisa!! Pues bien, le hubiera dicho: señor marqués de Fuenfria, tú no eres mas que un viejo egoiston! Tienes por sobrina una pobre muchacha, que mañana tal vez quedará sola en el mundo.... una

hermosa niña cuya madre está moribunda, un ángel á quien tú no puedes dar un dote, porque eres tan pobre como ella, á quien no puedes prometer apoyo, porque estás con un pié en la sepultura; y cuando la Providencia te envía para ella un hombre superior, tú le rechazas porque su nombre está compuesto de tales y tales letras, y porque su conjunto ofrece un sentido menos aristocrático, pero mas noble y grande que tu mezquina preocupacion.....! Pues bien, veremos....! Tú no quieres ser su tio? Pues así y con todo él será tu sobrino, pese á todos los marqueses nacidos y por nacer.

JORGE.—Oh cielo! No es ilusion....! Consentiría vd....?

MARQUES.—Ah! Lo adivina vd.? Pues me parece que despues de lo que acabo de decir, no tiene mucho....

JORGE.—Pero y los otros? Los demás parientes....? Cómo hacer....?

MARQUES.—Hábleles vd. como á mí, hágalos llorar como yo he llorado....! Y ellos consentirán.

JORGE.—Es que vd. tiene un corazon noble y grande! Pero ellos ...! Que se horrorizan al solo nombre de Simon....!

MARQUES.—Simon! Simon ...! Por ventura es mas vulgar que el de Cobden? Que el de Peel....? No puede llegar á ser tan ilustre como estos?

JORGE.—Y eso podré yo asegurarlo? Sería preciso que otro me defendiese, que una voz considerada, elocuente, respetada.....

MARQUES.—Ah! el bribonzuelo! Quiere que yo le ayude......

JORGE.—Sí, señor, lo quiero.

MARQUES.—Cómo!

JORGE.—Y no solamente lo quiero por mí, por Luisa, sino por vd., por la nobleza entera...... nuestras dos clases, vd. lo ha dicho en su bella obra, llegarian á ser muy fuertes si estuvieran unidas. Vdes. tienen el brillo de sus nombres, sus recuerdos heróicos; nosotros tenemos lo que á vdes. les falta, el trabajo, la economía, la voluntad, la industria. Vdes. son el pasado, nosotros el presente; unámonos y fundemos el porvenir.

MARQUES.—(Este diablo de hombre concluirá por hacer de mí cuanto se le antoje. Y qué remedio! soy suyo completamente, me ha seducido!.... sin embargo, bueno será asegurarnos.....) Vd. tiene buena memoria?

JORGE.—Escelente, señor marqués.

MARQUES.—Pues bien; cíteme vd. algunas líneas de mi libro; el título de algun capítulo.

JORGE—(*haciendo como que duda*).—Capítulo? ahora? es el caso que......

MARQUES—(*furioso*). Cómo! Este hombre no, no lo ha leido! no lo ha leido! y me decia antes!...... Ah! ya comprendo, me decia que era bueno, para adularme, para inclinarme á que intercediese por él....... y yo tan......

JORGE—(*friamente*).—Señor marqués, por qué dice vd. en el capítulo 6.°, línea 3.ª, que el puente de San Féliu ha sido construido en el siglo XVI? Es indudablemente del siglo XIII.

MARQUES—(*en el estremo de su alegría*). Ah! el gran pícaro! El único defecto que tiene la obra me le ha cogido!—Un abrazo! un abrazo! así, contra mi corazon, á fin de inspirarle fuerza para que combata en favor de vd. Sí; porque voy ahora mismo á ver á mis primos, á todos los parientes de Luisa para convencerlos...... Yo

no sé qué era su padre de vd., ni como se llamaba su madre; pero lo que sí sé, es que somos de la misma sangre, porque vd. ama el bien como yo, lo bello y lo grande como yo, á Luisa...... mas que yo!...... y que defendiéndole á vd., defiendo las dos afecciones mas caras de mi alma, la ciencia, y esa pobre niña!....Adios!

ESCENA QUINTA.

JORGE.

Oh! corazon honrado! corazon!...... en tí, y solo en tí está la verdadera nobleza...... Qué veo? el vizconde! Oh! con éste es diferente; debería darle una leccion, pero hay que continuar la obra...... Adelante! Aquí está!

ESCENA SESTA.

JORGE, EL VIZCONDE.

VIZCONDE—(*entrando por el fondo con una carta en la mano que cubre de besos*).—Ah! Delicioso! Adorable!

JORGE.—Ola, señor Vizconde! Qué aire de conquistador! Por lo visto, viene vd. de Valencia, donde á lo que parece no le ha ido del todo mal? Ha visto vd. á la adorada prenda de sus pensamientos?

VIZCONDE.—Algo mejor que eso. La he escrito, y me ha respondido!

JORGE.—Oiga!

VIZCONDE.—Un renglon.... un solo renglon..... pero lleno de gracia, de pudor, de miedo, de amor! y en

papel de color de rosa, *voilá*, lo cual añade un nuevo encanto á la frase. Porque vd., por poco ducho que sea, ya sabrá que la clase, el color, y aun el olor del papel, significan mucho en este género de epístolas.

Jorge.—Eh?

Vizconde.—Sí, señor, muchísimo. Por ejemplo, reciba vd. una cita que diga, "venga vd. á las tres," y que estas palabras están trazadas en un papel amarillo ó ceniciento, despidiendo cierto tufillo á macasar, ó jazmin: ésto y el color del papel le indicarán que ha sido escrita en un arrebato, sobre el mismo tocador tal vez, guárdese vd. de asistir, su amada está furiosa, y de seguro, le araña: por el contrario, lea vd. "le espero," sobre una bonita hoja verde glaseada, aromatizada con bouquet ó alıce, y no dude ni un momento, la felicidad está detras de aquella frase.

Jorge.—Con efecto. La clave es ingeniosa, y esto me prueba que es vd. perito en la materia.

Vizconde.—Ta! ta! ta! ta! Tu! tu! tu! Son tantas, amigo mio...... las...... víctimas...... (é tu la vittima saray!.....) Pues, sí señor; una frase encantadora!

Jorge.—Ya.

Vizconde.—Va vd. á juzgar por sí mismo (*leyendo*). "Si me amas, silencio!"

Jorge.—Silencio!..... es decir, habla? Ah! ah! ah! Es divertido!

Vizconde.—Verdad? ja! ja! ja!

Jorge.—Mas?

Vizconde.—Mucho mas? Y si yo le pudiese á vd. contar!.... porque al fin!.... ja! ja! déjeme vd. que me ria!!

JORGE.—Sí, sí, riamos, primo. Vd. me permite que le llame primo? Ya sabe vd. que he estado, y aun puede ser, que esté próximo á serlo.

VIZCONDE.—Sí, sí, permito.

JORGE.—Pues bien, primo: ya que se muestra vd. tan complaciente conmigo, voy á contarle una aventurilla que he tenido esta mañana.

VIZCONDE.—Ola! Vd. tambien?

JORGE.—Sí; una bromita que he dado á cierto sugeto....

VIZCONDE.—Veamos, veamos......

JORGE.—En primer lugar, ha de saber vd., mi querido primo, que soy un poco zeloso.

VIZCONDE.—Bah!

JORGE.—Como vd. lo oye. Pits! Qué quiere vd., eso está en la sangre, y como la mia es encarnada.... ello es, que tenia una especie de presentimiento, de que alguno pensaba hacer la corte á mi novia.

VIZCONDE.—A la novia de mi primo! Vaya! tendria que ver!

JORGE.—Pues ya está visto. Ya han comenzado.

VIZCONDE!—Ya! Y quién ha sido el insolente?.....

JORGE.—La han escrito una declaracion.

VIZCONDE.—Una declaracion?

JORGE.—Que afortunadamente yo he interceptado. Y confieso que en el momento de caer entre mis manos la dichosa carta.... Dígame vd., primo mio, qué es lo que vd. hubiese hecho en un caso semejante?

VIZCONDE.—Eh? Yo no sé!

JORGE.—Oh! Sí. Estoy bien seguro de que le habria

ocurrido algun pensamiento lleno de firmeza y de ingenio. Ya se vé, vd. tiene tanto talento! Pero un pobre plebeyo como yo, que no tiene esos recursos de imaginacion, no puede.... así es que lo único que se me ocurrió, fué meterme la carta en el bolsillo, y responder al galan en nombre de Luisa.

Vizconde.—Cómo!

Jorge—Sí; le he respondido una frasecita encantadora, llena de pudor, de gracia, de miedo, de amor.... "Sí me amas, silencio."

Vizconde.—Eh? Cómo? ha sido vd. quien?.......

Jorge.—Qué! aun lo duda vd.? En ese caso, aquí está la prueba (*enseña la carta*).

Vizconde—(*aparte*). Mi carta! Me ha burlado (*alto*). Sr. Simon, vd. se ha burlado de mí!

Jorge.—Vaya, primo mio, una broma inocente.

Vizconde.—No, poco á poco; vd. se ha burlado de mí, y ha debido vd. preveer las consecuencias de esa burla.

Jorge.—Pues si precisamente por las consecuencias es por lo que yo lo he hecho.

Vizconde.—Y cuáles son? Si vd. es tan amable que quiere esplicármelas.

Jorge.—Sí, señor. Que antes de un cuarto de hora va vd. á abogar por mí con su familia, que está reunida por el marqués de Fuenfria en uno de esos salones, y tratando de mi casamiento.

Vizconde.—Eso sí que es ingenioso.

Jorge.—Es lo mas sencillo del mundo. Escúcheme el señor vizconde. En el caso que se encuentra, qué es

lo que podrá hacer para que yo no publique el chasco que le he dado, y le haga la fábula de todos los maridos, y la befa de todas las hermosas? Darme una estocada? Lo creo muy fácil, porque el señor vizconde, tiene destreza y valor de sobra para ello. Pero, conseguiría que Luisa le amase, matando al que ella quiere por marido? Seguramente no. Irá á hablar mal de mí en esa reunion de familia, y á dar su voto en contra de mi matrimonio? Seguramente tampoco, porque en el momento en que lo haga, diré yo la causa que á ello le impulsa, enseñaré su carta, contaré el lance, y ademas de reirse todos de él, Luisa le despreciará mas que antes. Ya ve vd., mi querido señor vizconde, que no le queda mas que un partido que tomar, y es convencerse de que mi broma ha tenido mucha gracia; que soy un hombre muy amable, y de muy buen humor, y venir á mí diciéndome, querido primo, qué he de hacer por vd.?

Vizconde—(*despues de reflexionar*).—Ha! ja! ja!

Jorge.—Ah! bueno! magnífico! se rie vd.?

Vizconde.—Sí, señor; rio de mí! Qué diablo! Mi situacion no puede ser mas original! Verme obligado á influir en pro del que yo queria suplantar!...... Porque efectivamente, vd. dice muy bien, qué remedio me queda?....

Jorge.—Ah! consiente vd.....

Vizconde.—Y qué hago!..... Voy, voy corriendo! Tiene gracia la aventura! (*volviendo*). Ah! mi carta!

Jorge.—Ahí está el autógrafo.

Vizconde.—Tenga vd. el suyo. Voy á pronunciar un discurso que anonade á un congreso retrógrado, y le aseguro á vd. la mano de mi prima. Hasta luego.

ESCENA SÉTIMA.

DICHOS, LA CONDESA.

CONDESA.—Es inútil.

JORGE.—Cómo?

CONDESA.—El marqués ha hablado tanto y tan bien, que todos consienten, con una condicion, *si ne qua non*, es verdad, pero tan sencilla, tan natural, que no dudo la aceptará vd. sin vacilar.

JORGE.—Cuál?

CONDESA.—Querido vizconde.... quisiera....

VIZCONDE.—Que me quite de en medio, entendido. Ya estás servida.

ESCENA OCTAVA.

JORGE, LA MARQUESA.

JORGE—(*muy alegre*). Y bien, qué condicion es esa?

CONDESA.—Una simple medida de precaucion que toman todas las familias prudentes. Vd. ha formado el proyecto, segun creo, de vivir con su madre, de hacer de ella una compañera de Luisa. Pues bien; nosotros pedimos, ó mejor dicho, la razon pide, que renuncie vd. á ese plan.

JORGE.—Dejar á mi madre!

CONDESA.—Como todos los hijos la dejan; como Luisa va á dejar la suya.

JORGE.—Dejar á mi madre! Romper esta dulce vida,

en la cual durante veinticinco años, no hemos respirado mas que el uno para el otro!.... faltar á la palabra que la he dado! destruir el sueño de su vejez! y por qué, Dios mio?

Condesa.—Por qué? No comprende vd., caballero, que si el nacimiento puede disimularse, la educacion no puede esconderse?......

Jorge.—Y qué importa que mi madre ofenda á la gramática, si todas sus palabras son hijas de la verdad, si salen del corazon? Oh! vd. no sabe, señora, lo que mi madre es, y ha sido para mí; vd. no sabe que todo cuanto soy se lo debo á ella; vd. no sabe cuán grande es el amor que la profeso...... y me propone vd.?......

Condesa.—Un sacrificio doloroso, pero indispensable. Piense vd. en la felicidad de Luisa (*Luisa aparece en el foro*), en que por mucho que le ame á vd., no podrá menos de ruborizarse al presentarse en el mundo, llevando á su lado una persona de mérito, de nobles sentimientos, sin duda alguna; pero criada en otra esfera, y privada de esas cualidades indispensables para no hacer un papel ridículo en sociedad. Piense vd., en fin, que nosotros no podemos consentir en encontrar en los salones de mi sobrina, y mucho menos como su compañera habitual á..... una persona que yo respeto..... pero, en fin, una campesina....

Jorge.—Señora Condesa, no tengo mas que una palabra que responder. Vd. sabe lo que Luisa es para mí. Que la amo apasionadamente como un insensato..... Pues bien, si ella estubiese ahí delante de mí.... si me dijese, renuncia á tu madre y soy tuya.... Yo la diria: la mujer que no comprende el amor que se siente por una madre; la mujer que para ser mi esposa me exige semejante sacrificio, no es digna de ningun hombre honrado, y yo la rechazo.

ESCENA NOVENA.

DICHOS, LUISA.

LUISA.—Bien, Jorge, bien.

CONDESA.—Mi sobrina!

LUISA.—Oh! no tema vd. nada, tia mia, ya sé que la resolucion de mi familia es irrevocable...... y que es imposible nuestra union; pero antes de separarme de Jorge para siempre, quiero que sepa que le amo, que le admiro, y que no seré jamas de nadie, puesto que es imposible que sea suya.

JORGE.—Oh! Dios mio!

MARIA—(*dentro*). Sí; que enganches y no seas torpe; voy á marchar al momento.

JORGE.—Mi madre! En nombre del cielo, ni una palabra delante de ella!

ESCENA DÉCIMA.

LA CONDESA, LUISA, JORGE Y MARIA.

MARIA—(*saliendo*). Y date prisa, Francisco.

JORGE.—Cómo, madre mia, se marcha vd.? sin prevenirme?....

MARIA.—Sí, tienes razon, hijo mio; es muy mal hecho disponer mi marcha sin decirte nada; pero tantas cosas malas hace uno en el mundo..... yo misma, sin ir mas lejos, voy á cometer una mala accion...... .

JORGE.—Cómo?

Maria.—Digo, mala!...... no mala precisamente, ya sabes tú...... pero así un poco egoista.

Jorge.—Oh! no lo creo!

Maria.—Pues á pié juntillas debias.... porque yo, cuando digo una cosa, firma el rey. Y eso que ahora no debia tener fantasía en mi palabra, porque esta mañana, te acuerdas? te prometí vender mi granja y mis ganados.... hasta la pobre vaca negra, que sabes que me quiere tanto.... y todo, en fin, para marcharme á vivir contigo.

Jorge.—Y bien?

Maria.—Toma! Que.... que no hay animal mas caprichoso que la mujer, como decia el señor cura..... y que de tal manera se apega uno á sus costumbres!...

Jorge.—Qué quiere vd. decir?

Maria.—Digo, que.... me parecia, que nada queria yo tanto en el mundo como á mi hijo, que de él solo necesitaba yo en la vida; pues bien, mira tú qué cosas tan raras pasan...... creia yo que el decir adios para siempre, á mi granja, á mis rebaños, á mis alquerías, ya ves, animales y pedazos de tierra, que qué han de entender ellos, ni qué han de sentir que su amo sea Juan ó sea Pedro, nada, toma! en dejandoles pastar por esos campos ... pero yo.... yo es diferente, y te lo confesaré aunque sea una tontería, he sentido que me faltaba valor.

Jorge.—Cómo? Esplíquese vd.

Maria.—Si es el caso que me cuesta trabajo decirte... porque yo sé que te voy á dar una pesadumbre...... y para mí, caramba! no es floja tampoco...... pero, en fin, es preciso decírtelo, puesto que ya no tiene remedio; ese contrato de venta que te habia prometido firmar hoy, se ha roto, ya no vendo mis tierras, y me vuelvo á mi granja, con la vaca negra, con mis gallinas......

Todos.—Cómo?

Jorge.—Oh! separarse de mí! ... Madre mia!

Maria.—Es muy mal hecho, ya lo sé; pero qué quieres!.... con los años se vuelve una caprichosa..... y se endurece la mollera...... Oh! y no me arrepentiré!......

Jorge.—Y vivirá vd. sola, sin tener al lado á su Jorge, de quien no se ha separado vd. nunca!....

Maria.—Toma! Y tan ricamente. Yo, en teniendo mi vaca negra, y mi cosecha, y mi vendimia.... estoy segura de no acordarme de nada.... Ademas, yo en la corte, en las salas de los señores, no estaría bien, no seria dichosa.

Jorge.—No seria dichosa! á mi lado! Ah! madre mia, madre mia, no me ama vd. como yo la amo!

Maria—(*á punto de llorar*). Que no le amo! Dios mio! Yo! no amarle! vaya! Y sin duda tienes mucho motivo para decirlo!! (*Dominándose*). Porque no quiero seguirte á la corte, al mundo! Y piensas por eso que no nos volveremos á ver? Pues nada de eso. Yo iré...... alguna vez.... alguna.... No es verdad, señora Condesa? No es verdad, señorita Luisa, que me permitirán vdes., aun cuando yo no sea mas que una pobre campesina, que vaya alguna vez á abrazarle?..... Porque al fin, yo.... soy su madre...... y aunque me marcho hoy mismo......

Jorge.—Hoy?

Maria.—Sí; hoy..... dentro de diez minutos..... Estas cosas, cuanto mas antes..... las despedidas nunca son agradables, y si bien es verdad que yo me voy por mi gusto, por mi solo gusto...... siempre......

Jorge.—Está bien, madre, está bien.

Maria.—Conque...... adios, ya estará lista la tar-

tana.... (*pausa*). Yo pensé que no me dejarias marchar sin darme un abrazo.—(*Marchándose.—Jorge corre á detenerla y la baja al procenio abrazándola y besando sus manos con pasion*).

Jorge.—Oh! no! no! no marchará vd. así; no sacrificará su dicha á la de su hijo, porque yo lo adivino todo; quiere vd. dejarme porque sabe que de este modo me asegura la mano de Luisa; pero yo seria un miserable si aceptase tan sublime accion.

Maria.—Que sacrificio, ni que..... yo te juro....

Jorge.—Niéguelo vd. si se atreve. Dígame ahí, en frente de mí, que las lágrimas no están pugnando por rodar á sus mejillas, y que al fingir una sonrisa no siente vd. despedazarse su corazon?......

Maria.—Yo! Lágrimas! cuando estoy..... Reben-tando por llorar!. ... Sí, no puedo mas, es cierto, todo lo que has dicho es cierto; pero, qué importa mi llanto, qué importa mi sacrificio, si llevo aquí, en el corazon, una alegría inmensa? Sí, ahí, oculta detras de esa puerta, te he oido negarte á todo, renunciar á tu amor antes que abandonarme, ¡qué pena puede sentir una madre que se ve amada de este modo por su hijo! Te he visto preferir la pobre vieja, á este ángel de belleza y de virtud!... todos mis dolores están ya pagados, y parto sin tristeza, sin sentimiento...... Adios.

Luisa.—Partir! Y piensa vd. que mi tia la dejará partir? cuando...... véala vd., está llorando, como yo, cuando la admira á vd. como yo, y cuando se está diciendo á sí misma: "soy madre tambien, y no puedo consentir en hacerla tan desgraciada!"

Jorge.—Ah, Condesa!......

Condesa.—Y bien; no puedo mas! Tal vez me arrepentiré mañana; pero, qué corazon no se enternece con semejante cuadro? Yo me encargo de todo; la fa-

milia consentirá, porque me ha otorgado sus plenos poderes.

Luisa.—Ah! Estaba segura. No es verdad que mi deber......

Condesa.—Tu deber es permanecer al lado de una madre como ésta.

Jorge.—Señora! Luisa!

Condesa.—Tu deber es no separarte de ella, ni un dia, ni un segundo; y no tendrás que trabajar mucho, antes de un año será tan gran señora como tú.

Maria.—Oh, Condesa! vd. me dará lecciones.

Condesa.—Oh! no las necesita vd., señora. De un hombre no me atrevería yo á responder; pero de una mujer como vd., de una madre!...... segura estoy de que muy pronto no tendrá vd. nada que envidiarnos.

Maria.—Toma! Y si no, haré lo que mi cotorra. Una cotorra que me trageron de Jamaica y que hablaba el inglés como una persona. El pobre animalillo, cuando se vió entre gentes que no hablaban su lengua, cerró el pico y se estuvo sin chistar cuatro ó cinco meses.—Saben vdes. lo que hacia? Aprender el español por dentro para hablar despues de golpe!—Pues bueno; yo tambien me callaré hasta que pueda hablar...... como mi cotorra.

FIN DE LA COMEDIA.